

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

LOU CARRIGAN

CORO DE ANGELES

CORO DE ÁNGELES

LOU CARRIGAN



Colección
¡KIAI! n.° 20
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO



COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

Impreso en España — Printed in Spain

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la
SALA DE JUDO «SHUDO-KAN»
Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2.
Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés
(N-152, Km 21,650)
Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

EL magnífico coche de línea de la compañía Italcar, circulaba airosamente a velocidad más bien moderada, por la carretera Nacional 3, italiana. En aquel momento, cuando hacía unos minutos que habían dejado atrás la localidad de Foligno estaban a otros pocos minutos de la no menos importante localidad de Trevi.

Era un autocar casi lujoso. Los asientos eran de bonitos colores con estampados de flores, los cristales relucían limpísimos, el pasillo era amplio… Junto al conductor, un hombre joven y sonriente, de sorprendentes cabellos rubios, había dos jovencitas de unos catorce años que, con el micrófono que servía para dar instrucciones a los pasajeros durante el viaje, estaban realizando una completa actuación. En aquellos momentos la actuación consistía en la imitación de un famoso dúo artístico femenino español. Y, al parecer, no lo hacían del todo mal, puesto que el resto de las pasajeras del autocar muy pronto comenzaron a acompañarlas en la canción, de tal modo que la actuación a dúo fue absorbida.

Viajaban en el autocar, aparte del conductor, el simpático Elio, unas cuarenta muchachas de edad comprendida entre los catorce y los dieciséis años. Y como acompañamiento digamos formal, dos monjas que no tenían más remedio que soportar con benevolencia la juvenil y arrolladora alegría de las muchachas.

A decir verdad, para las monjas aquel viaje estaba resultando todo un éxito, tanto en una distracción personal que estaban necesitando después de algunos meses dedicadas a la enseñanza de aquellas jovencitas en un colegio de Barcelona, como por lo que significaba el hecho de que un par de días más tarde iban a ser recibidas por Su Santidad el papa Paulo VI.

Considerando esto, el hecho de que a su alrededor hubiese alegría, no les parecía en absoluto mal. Lo único que no acababa de gustarles era que sus jovencísimas alumnas estuviesen imitando a aquella pareja de artistas españolas que, a juicio de ellas, pecaban bastante de frívolas.

Al volante, el simpático romano Elio estaba atento a las canciones, pero, sobre todo, a la carretera, a la circulación no muy densa en aquel punto central de la península italiana. De cuando en cuando, un vehículo se cruzaba velozmente con el autocar, ya encendidas las luces de posición, puesto que comenzaba a anochecer. Simpático siempre, Elio no tuvo el menor inconveniente en sumarse finalmente a

las expresiones de ¡Y viva España! Colaboración que fue acogida con vivas y risas por parte de las cuarenta jovencitas que, como decía una de ellas llamada Elena, lo estaban pasando bomba.

Claro está, la canción "¡Y viva España!", no podía durar todo el resto del viaje, así que ni siquiera habían llegado todavía a Trevi, cuando terminó. Sin transición, unas jovencitas llamadas Olga, Silvia y Margarita, encabezadas por la inquieta Elena, cambiaron una rápida consulta y decidieron que la próxima canción a cantar sería "Échame a mí la culpa", de Albert Hammond.

Apenas había comenzado esta canción, cuando un vehículo que venía en dirección opuesta, cuyo conductor, evidentemente, no debía tener muy buena vista, y que debía llevar las luces largas para auxiliarse, deslumbró con éstas a Elio, que respingó, aferró fuertemente el volante, y pese a que el cristal de la ventanilla estaba alzado, pues hacía frío en aquel mes de enero, cuando el otro coche pasó por su lado, bramó:

—¡Cretino! Caprone!

—¡Jesús, Jesús, Jesús! —gimió la madre Mercedes—. ¡Qué barbaridad!

Elio, que simplemente había querido desahogarse consigo mismo, se sonrojó un poco y volvió un instante la cabeza.

—Lo siento, madre —se dirigió a la monja—. Pero ese hombre es lo que yo he dicho, o bien es ciego.

—Pero no debe decir esas cosas —dijo la madre en muy aceptable italiano—. Recuerde usted que viajamos con niñas, Elio.

—Bueno —masculló Elio, echando un vistazo de reojo a Elena, Olga y Silvia, que eran las que tenía más cerca en aquel momento—. Sí, madre, desde luego yo reconozco que son un coro de ángeles, pero de eso a que son unas niñas…

Hubo risas de nuevo, y unos cuantos vivas lanzados en honor de Elio, que volvió a sonreír satisfechísimo de la vida. Y acto seguido, de acuerdo a lo sugerido anteriormente, quitando importancia al suceso, que por otra parte había sido insignificante, se procedió a iniciar la canción de Albert Hammond "Échame a mí la culpa".

Al parecer no habían terminado las tribulaciones de Elio, porque cuando la canción estaba en todo su apogeo, apareció un coche llegando por atrás y lanzando las luces largas como exigiendo paso. Elio sabía que su vehículo podía correr a muy buena velocidad, pero nunca a la del veloz turismo que le estaba alcanzando rápidamente. Así que, mientras en su interior repetía lo de cretino y caprone, redujo un poco más la velocidad, colocándose lo mejor que pudo a la derecha.

En cuestión de segundos, el otro vehículo le rebasó, y en lugar de

seguir a la misma velocidad carretera adelante, la redujo, de modo que se mantuvo a la misma distancia del autocar de Ralear.

Estaba de nuevo Elio pensando en que los sujetos de aquel coche eran unos cretinos y unos cabrones, cuando se dio cuenta de que el brazo del conductor salía por la ventanilla, pese al frío. Y como éste debía tener un buen motivo. Elio prestó más atención. Un par de segundos más tarde comprendía que el conductor del turismo le estaba haciendo señas de que parase y, luego, señalando hacia atrás.

Desconcertado, Elio comenzó a frenar. Sabía que en aquel autocar cualquier equipaje estaba bien protegido en el compartimento inferior lateral del vehículo, y que nada que fuese allí podía caer a la carretera.

Así que mientras las jovencitas dejaban de cantar y miraban con curiosidad hacia los lados, esperando ver a qué se debía la parada, Elio fue frenando hasta que, finalmente, el autocar se detuvo. Delante de él, a unos cuantos metros, se detuvo también el turismo, y en el acto dos hombres se apearon y retrocedieron rápidamente hacia el autocar, haciendo excitadas señas.

Con toda lógica, Elio pulsó el botón del mando automático que abría la puerta delantera derecha de acceso al gran vehículo, y se puso en pie, acercándose a la entrada.

Los dos hombres llegaron enseguida allí y, sin preámbulo alguno, subieron al autocar. Inmediatamente, y antes de que Elio tuviera tiempo siquiera de abrir la boca, los dos visitantes, cuyos rostros bruscamente mostraron una mueca dura y fría, sacaron sendas pistolas y apuntaron, uno a Elio, y el otro a las muchachas que estaban cerca de él, una de ellas con el micrófono en la mano.

El que apuntaba a Elio, dijo:

—Vuelve al volante y compórtate con naturalidad, si no quieres que te vuele la cabeza…

El otro, el que apuntaba hacia las muchachas, les hizo señas hacia el pasillo del autocar, y dijo en muy buen español:

—Vosotras id a sentaros a vuestros puestos. Y no quiero gritos ni escándalos de ninguna clase. Estamos dispuestos a disparar a matar contra cualquiera que nos busque complicaciones.

Los grititos de susto, de sorpresa, que habían comenzado a sonar en el autocar, cesaron inmediatamente. En sus asientos, la madre Mercedes y la madre Pilar, que habían quedado petrificadas y lívidas de espantó, comenzaron a ponerse en pie. Pero el hombre que hablaba español, movió la pistola, apuntando directamente a la madre Mercedes, e insistió:

—Lo que he dicho va con ustedes. De modo que quédense sentadas y háganles comprender a estas muchachas que deben permanecer en

silencio.

Esta última recomendación era en verdad innecesaria, porque las jovencitas que habían estado en la parte delantera del autocar, se estaban apresurando ya para volver a sus respectivos asientos.

El hombre que apuntaba a Elio señaló con la mano libre hacia el volante.

—Ya lo has oído. Vuelve ahí y conduce detrás de nuestro coche con toda tranquilidad. Sobre todo, no te pongas nervioso.

—Pero… ¿qué es esto? —inquirió Elio, con voz aguda.

—Nada de conversación, muchacho. Haz lo que te decimos o no te advertiré más. Ponte al volante.

Elio era un hombre inteligente. Y además, pensó que lo menos malo que podía pasar era que después de pegarle un tiro a él en la cabeza, aquellos hombres se llevasen, de todos modos, el autocar cargado con el coro de ángeles que hasta entonces le había estado deleitando en uno de sus servicios más agradables.

Así pues, pálido de rabia, Elio volvió al volante, colocó la marcha adecuada, y tras cerrar la puerta con un gesto de sobresalto al ver que le había dejado abierta, comenzó a rodar acercándose al turismo.

Por delante del autocar, el turismo reemprendió la marcha.

Sólo un minuto más tarde llegaban al cruce que señalaba hacia su izquierda la ubicación, del pueblecito de Trevi. A la derecha, otra indicación señalaba las localidades de Bruna y Bastardo.

Hacia este punto fue donde señaló el hombre que iba al lado de Elio.

—Deja la Nacional 3 y toma ese camino —ordenó.

Sin rechistar, Elio obedeció. Segundos más tarde, el gigante de la carretera circulaba a velocidad mucho más moderada por la estrecha ruta que conducía hacia los pueblos de Bruna y Bastardo. Llegaron al poco al cruce que indicaba a la derecha Bastardo, a la izquierda Bruna. Elio miró al hombre que tenía al lado, y que señaló en dirección a Bastardo.

De nuevo en marcha el vehículo, Elio estuvo conduciendo durante tres o cuatro minutos, hasta que el hombre le tocó en un hombro y dijo:

—Frena.

El magnífico vehículo de Italcar quedó detenido en la solitaria y ya oscura carretera. El hombre que hablaba español y que había ido todo el tiempo en el extremo delantero del pasillo, señaló a una de las monjas y dijo:

—Usted, apéese del autocar.

La madre Mercedes, sobresaltada, se quedó mirando al hombre como si no hubiese comprendido las palabras de éste, pese a que,

como se ha dicho, hablaba bastante bien el español. El hombre frunció el ceño y movió la pistola amenazadoramente.

—¿No me ha oído? ¡Levántese y salga del vehículo!

Elio ya no pudo contenerse más. Se puso impetuosamente en pie, lívido de furia y miedo a la vez, mascullando:

—¡La perra que os par…!

La respuesta le llegó mucho antes de que hubiese terminado la palabra parió. El que estaba junto a él vigilándole, ya sin más consideraciones alzó la pistola y le golpeó de lleno en la frente. Elio emitió un grito de dolor, retrocedió y cayó sentado en posición grotesca en el asiento, y colgando hacia un lado, sin sentido. Dentro del autocar resonaron los grititos de espanto de las muchachas y las exclamaciones de «¡Jesús!» y «¡María Santísima!» de las dos monjas. Inmediatamente, la madre Mercedes, demudado el rostro, salió al pasillo y se acercó al hombre que le había ordenado que se apease.

—Por el amor de Dios —gimió—. No le hagan daño al muchacho. Voy a apearme inmediatamente.

—Todo esto no habría pasado si usted hubiera obedecido en el acto —farfulló el que hablaba español—. Ahora va a bajar usted, se dirigirá hacia el coche y allí uno de nuestros compañeros estará unos minutos hablando con usted, dándole instrucciones. Luego, la dejaremos atada de pies y manos a un lado del camino… Pero no se asuste. En poco tiempo podrá usted soltarse, regresar a pie a la carretera o bien al pueblo que quiera, y allí pedir ayuda para que la lleven de nuevo a Roma, donde explicará usted todo lo que le van a informar en el coche.

—Sí —asintió la monja—. Sí, señor, sí.

—Pues vaya hacia el coche con nuestros compañeros.

Rodeada de un silencio total, la madre Mercedes se apeó, y las alumnas que estaban en los asientos delanteros la vieron dirigirse al turismo y entrar en éste. La conversación duró unos tres o cuatro minutos. Transcurridos éstos, en efecto, la madre Mercedes salió del turismo acompañada de otro hombre, y ambos se dirigieron fuera del camino, hacia una cercana arboleda.

Mientras tanto, los dos hombres armados habían hecho recuperar el conocimiento a bofetadas a Elio, y tras colocarlo bien con gestos rudos ante el volante, señalaron con el pulgar hacia la carretera que habían dejado poco antes.

—¡Venga, tú, emprende el regreso hacia la Nacional 3! Y por si no lo sabéis o todavía no acabáis de comprenderlo, quedáis informadas de que todos los ocupantes de este autocar acabáis de ser secuestrados.

Capítulo II

SERGIO Fornaro estaba casi borracho.

Y solamente estaba casi borracho porque se le había terminado la bebida, el magnífico licor Abbazia, de los Padres Benedettini de la Via Ostiense de Roma. La botella vacía estaba tirada en el suelo, a un lado de la cama en la que Sergio Fornaro yacía como ausente de este mundo, perdida la mirada en el techo de la habitación.

Sobre la mesita de noche, una pequeña radio a transistores emitía una música que era muy poco probable que Sergio Fornaro estuviese en condiciones, no ya de apreciar, sino ni siquiera de oír. Por la ventana que daba a Via Liguria, muy cerca de la elegante avenida romana Via Véneto, llegaba la luz del alumbrado público, que ya hacía rato que había sido encendido. Para la ciudad de Roma comenzaba una noche más. Para Sergio Fornaro comenzaba un infierno más.

Por completo, ajeno a la música, e incluso a sí mismo. Sergio permanecía inmóvil, realmente como un muerto con los ojos abiertos. Era fácil comprender que cualquier cosa que sucediera alrededor de él no podía afectarle, por la sencilla razón de que su mente se hallaba muy lejos de allí.

Debido a esto, tardó bastante en percibir, realmente, la llamada que se producía con insistencia en la puerta.

Con un movimiento maquinal, alzó el brazo izquierdo, dirigiendo la mirada hacia donde debería haber tenido un reloj de pulsera. Pero el reloj ya no estaba allí. Y no estaba allí porque Sergio Fornaro había tenido que venderlo hacía ya varias semanas.

El timbre seguía sonando, demostrando bien claramente que la persona que llamaba no estaba dispuesta a marcharse.

El casi borracho Sergio se sentó en el borde de la cama, se pasó las manos por la cara, y soltó un resoplido.

—¡Al diablo con todos! —masculló, con voz ronca.

Pero el timbre volvió a sonar una y otra vez, y, finalmente, tras un par de reniegos, poco recomendables en verdad, Sergio salió del dormitorio y fue a abrir la puerta del apartamento.

Cuando lo hizo, su ceño volvió a fruncirse.

Y la verdad era que no tenía motivos para ello. La muchacha que estaba allí, en el descansillo, mirándole entre sonriente y un poco asustada, no podía ser más bonita.

Se llamaba Lucía Padovani, y todo su aspecto mostraba un discreto refinamiento, una elegancia natural que se ponía de manifiesto no sólo en su correcta y adecuada indumentaria, sino en las bellas y sugestivas formas de su esbelto cuerpo. Un rostro redondo de facciones delicadas, con unos bellísimos ojos oscuros y unos largos cabellos rubios, conferían a la visitante el título de auténtica belleza.

—¿Otra vez aquí? —farfulló Sergio Fornaro, sin apartarse de la puerta.

—¡Hola, Sergio! —sonrió tímidamente la muchacha—. ¿Puedo pasar?

—¿Qué demonios quieres?

—He venido a traerte algunas cosas, y para saber si te encuentras bien.

—Claro que me encuentro bien —gruñó el romano—. Y no necesito nada de nadie.

—¿No vas a dejarme entrar? —consiguió retener en sus labios la sonrisa Lucía Padovani.

En primera instancia, podía pensarse que Lucía Padovani no era tan refinada como parecía. E incluso se la podía suponer poco inteligente al comprobar su interés por un hombre como. Sergio Fornaro. La facha general de éste podía ser aceptablemente buena, ya que era alto, de anchos hombros, y su cabeza tenía una forma aguileña, audaz. Quizá Sergio Fornaro podría haber sido incluso un hombre muy atractivo si de vez en cuando se hubiese cortado, o cuando menos cuidado, el cabello, y se hubiese afeitado y lavado. Y sobre todo, si no oliese a licor de los padres benedictinos cada vez que abría la boca.

—Está bien, pasa. —Sergio se apartó, Lucía entró y él cerró la puerta y se volvió a mirarla hoscamente—. ¿No tienes nada mejor que hacer que perder el tiempo conmigo?

—¡Oh, bueno! Yo he traído algunas cosas. —Lucía alzó la bolsa que llevaba en una mano—. De modo que espero que podré preparar una agradable cena para dos.

—¿Para dos? —se frunció de nuevo el ceño de Sergio—. Mira, ya estoy harto de tus visitas, así que procura no pasarte. Cuando me fastidies lo suficiente, te sacaré de aquí a puntapiés… ¿Has traído algo para beber?

—No —palideció Lucía Padovani.

—Pues si no has traído nada para beber, es como si no hubieses traído nada para comer. Ya te estás largando de aquí en busca de algo para beber, o llévate todo lo que has traído… Y no te olvides de llevarte a ti misma.

Por un instante, pareció que Lucía Padovani se asustaba lo

suficiente como para obedecer las bruscas disposiciones de Sergio Fornaro. Pero, de pronto, tras un gracioso gesto apretando los labios, dio media vuelta, y se dirigió hacia la cocina. Contra lo que pudiera pensarse, dada la decidida actitud de Sergio Fornaro, segundos antes, éste no fue tras ella para agarrarla y echarla fuera del apartamento, sino que mascullando regresó al dormitorio y volvió a tenderse sobre la cama, boca arriba.

Unos diez minutos más tarde, Lucía apareció en la puerta del dormitorio.

—¿Te apetece un martini, Sergio? —preguntó, tímidamente.

Fornaro se sentó de un brinco en el borde de la cama, exclamando:

—¿No has dicho que no habías traído nada para beber?

—Bueno, sólo he traído un par de botellines de martini. Me pareció que te gustaría tomarlos antes de cenar.

—¿Dónde están? —gruñó Sergio, caminando rápidamente hacia la puerta del dormitorio.

Llegaron los dos al pequeño salón, que servía de comedor en un rincón, y en el acto Sergio vio los dos martinis preparados en la mesa. Una mesa agradablemente dispuesta, con una cena rápida, pero de aspecto muy atractivo, casi suculento, y dos flores en un pequeño búcaro en el centro. Junto a la mesa, en el rincón, una lamparita de pie era toda la iluminación para aquel reducido escenario.

Sin vacilar, Sergio Fornaro se dirigió resueltamente a la mesa, tomó una copa de martini, la vació de un trago, tomó la otra acto seguido, hizo lo mismo y entonces se volvió sonriendo hacia Lucía Padovani, que había quedado unos pasos detrás de él.

—¡Vaya! —suspiró—. Eso ya es otra cosa. Y la cena parece que tiene muy buen aspecto.

—Gracias, Sergio. Pero no deberías beber así. Aunque sólo sean unos martinis, no deberías beber de ese modo.

—Bebo como me da la gana —volvió a fruncir el ceño Sergio Fornaro—. Y a ver si te metes de una vez en esa dura cabezota que estoy hasta las narices de tus sermones.

Lucía Padovani bajó la cabeza, y sin replicar se dirigió a ocupar una de las sillas. Sergio Fornaro fue hacia la otra, y una vez más, al quedar un momento de espaldas a él, Lucía vio la inscripción en la espalda del sucio chandal que llevaba el romano por toda indumentaria. La inscripción decía: «Kamakura-Dojo. Roma.»

En el brevísimo espacio de tiempo comprendido entre leer aquellas palabras y el momento en que Sergio se sentó, la mente de Lucía Padovani saltó hacia atrás en el tiempo. En el tiempo y hacia el tiempo en que ella había conocido a Sergio Fornaro…

Hacía de eso casi dos años. Dos años durante los cuales todo había

cambiado en la vida de Sergio Fornaro e incluso en la vida de Lucía Padovani.

Cuando conoció a Sergio, éste estaba casado y tenía una hija. En aquel tiempo, Sergio Fornaro era un hombre siempre vestido correctamente, educado, cordial e incluso simpático, y cuyo aspecto y comportamiento eran absolutamente irreprochables en todos los sentidos. Pese a saberlo casado y con una hija, Lucía Padovani, que se había convertido en alumna de Sergio Fornaro, no pudo evitar enamorarse profundamente de él. Un amor que, por supuesto, estuvo silenciando, ahogando, durante año y medio.

Hasta que de ello hacía seis meses, ocurrió el accidente… que también había sido un incidente en la vida de Sergio Fornaro. Su mujer y su pequeña hijita de seis años, se estrellaron con el coche que ella conducía, contra un camión. El resultado del choque fue la muerte fulminante de las dos ocupantes del vehículo. A partir de ese momento, la vida de Sergio Fornaro cambió.

No sólo por el accidente en sí que había costado la vida a su mujer y a su hija, sino por lo que pocas semanas después supo Sergio Fornaro respecto al viaje que hacía su mujer con la niña. En aquellas semanas después de la muerte de su mujer, Sergio Fornaro no había hecho más que preguntarse adónde iba ella con la niña. La respuesta la obtuvo cuando un amable amigo le comunicó por teléfono que por si no sabía adónde se dirigía su mujer con el coche y la niña, podía darle una respuesta. La señora Fornaro, con su hijita, se dirigían al encuentro del amigo del matrimonio Fornaro. Enrico Melli. ¿Para qué acudía la señora Fornaro con la niña al encuentro de Enrico Melli? La respuesta también la tenía el amable comunicante: la señora Fornaro simplemente, se disponía a escaparse con Enrico Melli, llevándose a la niña y abandonando a su marido, el entonces apuesto, correctísimo, e intachable profesor de judo en el Kamakura-Dojo.

Y desde entonces, pese a todos los rechaces, brusquedades, malos modos y frecuentes borracheras de Sergio, Lucia Padovani había mantenido el cerco sobre él, estrechándolo cada vez más, o al menos, intentando estrecharlo.

La pregunta era: ¿realmente volvería Sergio Fornaro a la realidad, alguna vez? ¿Volvería a ser alguna vez el Sergio Fornaro qué ella había conocido, y que siempre había sido tan amable y simpático, que la llamaba Kyu[1], y que tenía una infinita paciencia para enseñarle a ella, y a los demás, lo que él sabía de judo?

¿Volvería Sergio Fornaro alguna vez a ser…?

—¿Por qué me miras así?

La áspera y brusca pregunta sobresaltó a Lucía, que, sumida en aquel breve espacio de tiempo en sus pensamientos, había estado mirando, sin ver, a Sergio. Este, mientras se sentaba, se dio cuenta de

la extraña mirada de la muchacha.

—Por nada —susurró ésta—. Estaba pensando…

—Pensando, ¿en qué?

—Cosas mías —murmuró Lucía.

—¿Cosas tuyas? Bueno, no me sorprendería nada que hubieses estado pensando en acostarte conmigo. ¿A que sí?

Lucía se quedó mirando fijamente a Sergio, y sonrió suavemente.

—Si tú quieres…

Los negros ojos de Sergio Fornaro quedaron casi completamente ocultos cuando éste entornó los alargados párpados. Durante unos segundos, estuvo contemplando de este modo a Lucía, que permanecía inmóvil en su asiento, con la mirada fija en el plato. De pronto, Sergio alargó la mano hacia un cubierto, y comenzó a comer en silencio. Lucía Padovani se dio cuenta de ello, contuvo un suspiro de decepción y se dedicó, a su vez, a cenar.

Cuando terminaron, ninguno de los dos había dicho ni una sola palabra más. Lucía se puso en pie, recogió el servicio y se fue a la cocina. Sergio Fornaro estuvo unos minutos sentado allí, de nuevo como ausente, hasta que también se dirigió a la cocina con paso lento, como cansado. Lucía volvió la cabeza al oírlo y le sonrió.

—¿Quieres algo, Sergio? —ofreció—. ¿Café?

—No. ¿Has traído tabaco?

—Claro que sí. Está en la bolsa que he dejado en esa mesita.

Sergio asintió, se hizo con un par de paquetes de cigarrillos y se fue al dormitorio. Encendió un cigarrillo, apagó la luz de la mesita de noche y se tendió de nuevo en la cama. Desde la cocina le llegaba el rumor producido por Lucía al ponerlo todo en orden. Luego, la muchacha todavía dedicó un buen rato, como hacía muchos días, a ordenar el resto del apartamento y a hacer un mínimo de limpieza con la que impedía que Sergio Fornaro estuviese viviendo casi como un cerdo.

Poco más tarde cesó todo sonido de esta actividad por parte de Lucía Padovani, y, finalmente, ésta apareció en la puerta del dormitorio. La luz que penetraba por la ventana se reflejó en el cuerpo de la muchacha, poniendo de relieve su esbelta y bonita figura.

—He hecho lo que he podido por ahí fuera, Sergio… ¿Quieres que arregle también el dormitorio?

—No —le llegó la voz de éste desde la oscuridad.

—Bien… Entonces, me voy. Hasta mañana.

—¿No decías que querías acostarte conmigo?

Lucía Padovani tardó algunos segundos en contestar.

—Dije que me acostaría contigo si tú lo querías.

—Pues eso es exactamente lo que quiero esta noche.

De nuevo permaneció silenciosa e inmóvil Lucía, Padovani. Luego, lentamente, entró en el dormitorio, acercándose a la cama. Desapareció de la zona iluminada directamente por la luz que entraba por la ventana, y llegó a aquélla, junto a la cama, en la que sólo había un resplandor. Allí se oyó durante unos segundos el suave crujir de la ropa y a los ojos de Sergio Fornaro, ojos ya habituados a aquella luz, apareció con toda su esplendidez, el fino cuerpo de la muchacha.

—Hace un poco de frío aquí —murmuró ella.

—¿Tiene eso importancia? —llegó ronca la voz de él.

—No… Ninguna, Sergio.

* * *

—¿Estás arrepentida?

—Claro que no —oyó el susurro de Lucía—. Nunca estaré arrepentida porque a fin de cuentas he tenido lo que siempre he deseado desde que te conocí.

—¿Qué? —se oyó la exclamación de él.

—Eres tonto —sonó la suave risa de Lucía Padovani—. ¿De verdad no te habías dado cuenta?

—¡Claro que no!

—Entonces, ¿por qué te crees que estoy viniendo aquí casi todos los días desde que tú dejaste de acudir al Kamakura?

—No sé… Supongo que estos meses he estado pensando que me tenías un cierto afecto, pero que, sobre todo, sentías compasión por mí.

—Decididamente, eres tonto —susurró Lucía Padovani.

—Sergio, ¿tú me amas?

—¿Por qué preguntas eso?

—¡Oh, Dios mío! Es natural que quiera saberlo, Sergio.

—¿Acaso crees que se puede amar de verdad más de una vez? —preguntó él, como respuesta.

Lucía Padovani no contestó. En su lugar brotó del transistor la voz grave del locutor, anunciando:

«Noticia de última hora. Cuatro hombres, que ocupaban un turismo que no ha podido ser identificado por el momento, han secuestrado un coche de línea de la compañía Italcar, ocupado por el conductor del mismo, dos monjas españolas y cuarenta niñas de la misma nacionalidad. Estas niñas, acompañadas por las monjas, habían, venido a Roma para asistir a la canonización de la beata española Rafaela María Porras de Ayllón, de las Esclavas del, Sagrado Corazón de Jesús. Dicha canonización de la beata Rafaela María Porras estaba prevista para el próximo domingo. Mientras tanto, las

ciento cuarenta personas en total que formaban la peregrinación española para asistir a dicho acto religioso ya estaban en nuestra ciudad, realizando un turismo cultural, tanto en la capital como en los alrededores más o menos cercanos. Esta mañana, en tres coches de Italcar, las peregrinas españolas se dirigieron hasta el pueblecito de Asís, donde después de visitar la basílica de San Francisco, permanecieron unas horas, visitando posteriormente la basílica de Santa Clara y la de Santa María de los Angeles. Finalizada esta piadosa excursión, los tres coches de Italcar emprendieron el regreso a Roma, poco después de media tarde. Después de pasar ya por Foligno y cuando estaban los coches de línea cercanos al pueblo de Trevi, uno de ellos, el que viajaba en último lugar, bastante distanciado de los otros dos, fue alcanzado por un turismo, desde el cual le hicieron señas al conductor del autocar para que se detuviese. Conseguido esto, dos de los hombres subieron al autocar y, armas en mano, obligaron al conductor, después de golpearlo, a seguir adelante para luego tomar el desvío que conduce a los pueblos de Bruna y Bastardo. Allí, en un lugar solitario, una de las dos monjas, la madre Mercedes, fue obligada a apearse del autocar y dirigirse al turismo, en el cual habían quedado dos de los hombres. La madre Mercedes fue instruida respecto a las intenciones y deseos de estos cuatro hombres.

»Estas instrucciones indican que el autocar conteniendo al conductor de éste, la madre Pilar, y cuarenta niñas, ha sido secuestrado. El objetivo que se persigue con esto es obligar a las autoridades italianas a poner en libertad en un plazo máximo de setenta y dos horas al grupo de terroristas internacionales que hace unos días fue detenido por nuestras fuerzas policiales, como seguramente todos los oyentes recordarán. Así pues, ese grupo de detenidos, compuesto por siete peligrosos terroristas que habían cometido ya varias muertes en sus vandálicos actos, ha sido valorado en la misma medida que cuarenta niñas, una religiosa, y un hombre que se dedicaba a su honrado trabajo. Todas las personas componentes de esa peregrinación española están alojadas en Casa Tranoi, en la Via Monte dei Gallo número 113, en Roma. Allí, la madre Mercedes debe esperar las llamadas telefónicas de esos hombres, tras ir informándose de las decisiones de las autoridades. Decisiones que la madre Mercedes deberá ir transmitiendo a los secuestradores con la periodicidad que éstos determinen. La madre Mercedes ha sido alertada muy concretamente en el sentido de que si las autoridades italianas se niegan al canje de esos siete terroristas por las cuarenta niñas que ocupan el coche de línea de Italcar, estas niñas, así como la monja y el conductor del vehículo, serán asesinadas. El procedimiento a seguir, siempre según las explicaciones dadas a la madre Mercedes, será el de despeñar el autocar con todos sus ocupantes por un barranco de una

carretera italiana. Carretera italiana y punto de ella que por supuesto no ha sido determinado por las explicaciones de los hombres que estuvieron hablando con la monja española.

»Mientras tanto, la madre Mercedes insiste mucho en que ha sido advertida de que si las autoridades italianas, ya sean civiles o militares, realizan cualquier gestión encaminada a la búsqueda y localización de ese autocar, cada hora que transcurra una de las niñas ocupantes de dicho autocar será ejecutada. Por lo que, con lágrimas en los ojos, la monja española suplica reiteradamente a las autoridades con las que ha sido puesta en contacto, de que realicen las negociaciones con los secuestradores con la máxima cautela, y que, a ser posible, respeten en todo los deseos de esos hombres. Hombres que, al parecer, por algunos comentarios que cambiaron entre sí los dos que habían quedado en el coche, parecen tener situado el punto de ocultamiento del autocar en un lugar cercano a la costa del Adriático, al parecer cerca de la ciudad de Ancona. Se desconoce, por el momento, cuál va a ser la actitud y postura de las autoridades italianas sobre este lamentable y peligroso suceso que puede costarles la vida a cuarenta niñas, una monja y al conductor del autocar, Elio Novaro. Esperamos disponer pronto de más noticias y oportunamente las iremos comunicando a nuestros oyentes. Buenas noches.»

Hubo un par de segundos de silencio. Luego, prosiguió el programa musical, con su tono suave y sedante.

—¡Dios mío! —se oyó tras unos segundos la voz de Lucía—. ¡Eso es horrible, Sergio!

—Sí.

—¿Y no te parece horrible? Esas pobres niñas…

—Calla… calla y duerme.

—Sí, mi amor.

Capítulo III

ERA verdad, hacía bastante frío allí. Sergio Fornaro se dio cuenta de ello poco después de abrir los ojos. En realidad, a él le tenía sin cuidado que hiciese frío o hiciese calor, pero realmente si a Lucía le molestaba…

Sergio se sentó rápidamente en la cama, al mismo tiempo que extendía un brazo hacia el lugar que había ocupado Lucía. Pero ésta no estaba allí. En la ventana se reflejaba ahora la lívida luz de aquel frío amanecer de un día de enero.

«¿Qué hora debe ser?», se preguntó Sergio Fornaro.

Encendió la luz de la lamparita de noche, saltó de la cama y se acercó a la ventana. Las luces del alumbrado público ya habían sido apagadas. Hacia Via Véneto se veía el tímido resplandor del sol qué muy pronto iluminaría la ciudad de Roma.

Durante un par de minutos, Sergio Fornaro estuvo ante la ventana, con su últimamente expresión habitual de ausente. Luego, volvió a sentarse en el borde de la cama y entonces vio el papel que había sobre la mesita de noche. Lo tomó y leyó lo que Lucía había escrito en él.

«Amor mío: Me he ido a trabajar. En la mesa, te he dejado preparado algo de desayuno. Si necesitas algo de mí durante el día, llámame. Si no, nos veremos esta noche. Te amo.

»Lucía.»

Sergio dejó el papel sobre la mesita de noche, se puso en pie y fue hacia el saloncito comedor. Allí, en efecto, estaba preparado un desayuno abundante en la mesa. A un lado estaba doblado un periódico y sobre éste unos cuantos billetes, que hicieron fruncir el ceño al romano.

«No ha debido dejarme dinero —pensó—: Debería saber perfectamente que me lo voy a gastar en bebida.»

Su mirada quedó fija en el periódico. Y entonces, al ver unas palabras de éste escritas con grandes titulares en la primera página, comprendió cuál era el pensamiento que estaba rondando su mente y que no había conseguido todavía centrar en ella. Agarró el periódico, se sentó en el borde de una silla y leyó los titulares y parte del artículo. Naturalmente, todo ello hacía referencia al secuestro del autor de Italcar con cuarenta niñas españolas en él.

Para entonces, Sergio Fornaro había centrado ya completamente sus ideas. Y sabía que habían sido precisamente éstas las que le habían

impedido conciliar el sueño hasta muy avanzada la noche, y que habían tenido como consecuencia que Lucía pudiera marcharse sin que él despertase.

Sergio dejó el periódico sobre la mesa, se pasó con fuerza las manos por la cara, en su gesto últimamente habitual para intentar despejarse, y quedó en esta postura, cerrados los ojos. Estuvo así no menos de cuatro o cinco minutos. Luego, se puso en pie y fue al cuarto de baño. Procedió a ducharse, sin que pareciese reparar en que el agua estaba no sólo fría, sino casi helada, y minutos más tarde se vestía. Unos viejos tejanos, unos zapatones deportivos, y un par de jerseys, el de encima de cuello alto y tono oscuro, fue la indumentaria elegida. Regresó a la mesa, devoró en dos minutos el desayuno, se metió las liras en un bolsillo y segundos más tarde abandonaba su apartamento de Via Liguria.

* * *

Giulio Lambrone se asomó para mirar al interior del bar Piccolo, en una de las más típicas calles del Trastevere romano, el famoso barrio, entre bohemio y picaresco.

En efecto, conforme a las noticias que le habían llegado, allí estaba Sergio Fornaro, sentado a una mesa, la expresión ausente; y ante él, un vaso lleno de licor. Lo cual era realmente asombroso. No la presencia del vaso, por supuesto, sino que permaneciera lleno delante de las fauces de Sergio Fornaro.

No poco preocupado, Giulio Lambrone entró en el bar Piccolo. Sí, tenía motivos para estar preocupado, porque últimamente el talante de Sergio no era de los más recomendables. Y un hombre como él, que hasta seis meses antes había estado dedicado a la enseñanza nada menos que del judo, tenía que ser forzosamente peligroso si se decidía a utilizar sus conocimientos de este arte marcial. Y cada vez que se entrevistaba con Sergio, la verdad era que Giulio Lambrone no las tenía todas consigo.

Giulio Lambrone era un sinvergüenza de tomo y lomo, uno de ésos tipos que abundan en cualquier ciudad verdaderamente importante y que se dedican a las mil granujerías más o menos inofensivas. Hombre introducido en los bajos fondos y en todo lo que signifique algo aparte de la vida que llevan los ciudadanos normales, se decía que Giulio Lambrone conocía hasta a las ratas y sabía lo que se cocía en todas las cocinas de Roma.

Apoyado en esto, Sergio Fornaro, que le había conocido cuando Lambrone fue al Kamakura-Dojo con las pretensiones de aprender judo, pretensiones que por supuesto le fueron negadas por Sergio Fornaro, éste había pedido tiempo atrás a Lambrone que se dedicase a

la búsqueda de Enrico Melli, el hombre que había incitado a su esposa a abandonarlo, y que con esta fuga, había ocasionado su propia muerte y la de su hijita.

Enrico Melli, que evidentemente esperaba a la señora Fornaro lejos de Roma, había tenido buen cuidado de permanecer en aquel lugar, fuese cual fuere. Lugar que Giulio Lambrone no había podido averiguar por la sencilla razón de que Enrico Melli no pertenecía al núcleo de personajes integrados en la delincuencia, que eran los que mejor conocía y tenía controlados el buen Giulio. En el fondo, Giulio Lambrone se alegraba de no tener localizado a Enrico Melli, puesto que Sergio Fornaro había dicho bien claramente que cuando lo encontrase lo mataría.

Y, claro, a buen seguro Sergio le había hecho acudir al bar Piccolo para insistirle, una vez más, sobre el paradero del tal Enrico Melli.

—Buenos días, señor Fornaro.

Sergio alzó la negra mirada, y Giulio Lambrone se estremeció. Por nada del mundo le habría gustado estar en el pellejo de Enrico Melli. En cuanto a él, después de haberse enterado de lo que realmente era el judo y de la mentalidad de las personas que lo practicaban, había comprendido perfectamente que Sergio Fornaro se hubiese negado a iniciarle en este arte marcial. Aunque Giulio Lambrone sabía también que en el mismo momento en que demostrase un verdadero deseo de mejorar, habría sido recibido afectuosamente en el Kamakura-Dojo, o en cualquier otro local donde se impartiese la enseñanza de cualquier arte marcial. Lo que estaba bien claro era que los maestros de las artes marciales no estaban dispuestos de ninguna manera a instruir en éstas a personas que pudieran hacer mal uso de ellas.

—Siéntate, Giulio.

Lambrone se sentó, miró el vaso de licor que Sergio tenía delante, volvió a mirar a Sergio y sonrió.

—Parece que no tiene usted mucha sed esta mañana, señor Fornaro.

Sergio apretó los labios un instante. Luego, tomó el vasito y de un golpe vertió todo el contenido en su garganta. Dejó el vaso, clavó la mirada en los asustados ojos de Lambrone y murmuró:

—Necesito tu ayuda.

—Bueno, señor. Fornaro, ya sabe usted que estoy muy interesado por el paradero de Enrico Melli, pero…

—No se trata de Melli —movió la cabeza Sergio—. Estoy buscando a otro hombre.

—¡Ah! Bueno, si me dice usted quién es, quizá yo pueda ayudarle a buscarlo, señor Fornaro.

—No sé quién es ni cómo se llama-negó Sergio.

—¡Ah! Entonces quizá lo conozca usted por su apodo… ¿Cuál es?

—Tampoco. No tengo ningún nombre ni ningún apodo, Giulio. Sin embargo, tú vas a ayudarme a encontrar a un hombre. Mejor dicho, algún hombre. — Sergio Fornaro sacó del bolsillo el arrugado periódico, y lo puso sobre la mesa, con los titulares al alcance de la vista de Giulio Lambrone—. ¿Has leído esta noticia?

—¡Claro que sí! —exclamó el pillastre—. ¡Toda Roma está hablando de esto, señor Fornaro!

—De acuerdo. Tú y yo también vamos a hablar de esto. Pero, Giulio, fíjate bien en lo que voy a decirte… Si yo me entero de que todo lo que vamos a hablar y lo que hablemos en adelante relacionado con este asunto lo comentas con alguien, aunque sea con tu propia madre, cuenta con que te romperé las dos piernas, los dos brazos y el cuello… Y luego, seguramente, te arrancaré los ojos y la lengua. ¿Me has entendido bien, Giulio?

—Sí, señor —había palidecido Lambrone—. Sí, señor, le he entendido muy bien.

—¿Y qué te parece?

—No diré nada a nadie. ¡Se lo juro!

—Muy bien. Ahora, presta atención. Tú eres un sinvergüenza como hay pocos, que estás bien introducido en el mundo de los sinvergüenzas. Vamos a sacar partido de esto. Quiero que busques en Roma o en cualquier otro sitio adonde alcancen tus amistades, a alguna persona que pueda estar relacionada de un modo u otro con esta clase de sujetos.

—¿Con quién? —palideció de nuevo Giulio Lambrone.

—Con los secuestradores del autocar de Italcar o con los siete terroristas que están en prisión.

—Pe… pero… ¿por qué se interesa usted por esto?

—Eso es cuenta mía. Tú vas a ayudarme. Sólo a ayudarme, y luego tendrás la boca cerrada. Y ya hemos quedado de acuerdo en esto, ¿no es así?

—Sí, señor, pero…

—No tengo ganas de discutir, ni quiero que tú pierdas el tiempo hablando conmigo. Yo ya te he dicho todo lo que tenía que decirte, Giulio: busca a cualquier persona, sea quien fuere y esté donde esté, que de cualquier modo pueda ser relacionada con esta gente que han secuestrado el autocar, con los terroristas que están en prisión, o con alguien que de un modo u otro pueda saber algo de esta clase de individuos. Yo creo que está bien claro, ¿verdad?

—Sí… sí, señor.

—Puedes marcharte.

—Sí… sí, señor, pero… Bueno, si sé algo, ¿qué hago? ¿Adónde le

llamo a usted?

—Estaré todo el tiempo esperando noticias aquí, en el bar Piccolo. Y digo todo el tiempo, Giulio. Es decir, que hasta que me echen permaneceré en el bar. Si cuando encontrases algún dato ya hubiesen cerrado el Piccolo, ve a verme a mí apartamento. Ya sabes que me cortaron el teléfono.

—Bien… —Giulio Lambrone se pasó la lengua por los labios y se puso en pie—. Procuraré complacerle lo antes posible.

—Te lo agradezco mucho, Giulio. ¡Adiós!

—¡Adiós, señor Fornaro!

Giulio Lambrone se fue y Sergio Fornaro quedó solo sentado ante la mesa… ante el vaso vacío. Se quedó mirándolo fijamente, apretó los labios y luego cerró los ojos…

Tenía que hacer lo posible por no beber más. O beber lo menos posible.

Hacía las cinco de la tarde, Sergio Fornaro estaba en verdad admirado de sí mismo. Solamente había bebido tres pequeños vasitos de Liquore Abazzia. Lo que, considerando su dosis media durante los últimos meses, era todo un récord de abstinencia.

Y fue a esa hora, alrededor de las cinco, cuando el propietario del bar Piccolo se acercó a él y puso una mano sobre la mesa. Al verla, Sergio alzó la cabeza y se lo quedó mirando interrogante.

—Fornaro, al teléfono —dijo el hombre.

Sergio asintió con un gesto, y se puso en pie. Había oído el teléfono, por supuesto, pero también lo había oído muchas veces durante aquellas horas que llevaba allí esperando. Sin embargo, esta vez la llamada era para él.

—¿Sí? —inquirió.

—Sí, si, Giulio, soy yo. Dime.

—Bueno, no te preocupes tanto. No estás obligado a descubrir América. Eso ya fue descubierto hace tiempo. ¿Qué has averiguado?

—Te digo que no te preocupes —insistió Sergio, con un gruñido—. ¿Qué has averiguado?

—Sí, sí, de acuerdo. Entiendo. Dame el nombre y la dirección.

—De acuerdo. Gracias, Giulio.

—No sé si servirá de algo, pero cuando menos me has demostrado tu buena voluntad. De todos modos, sigue buscando, pues quizá esta pista no sea lo suficientemente buena. ¿De acuerdo?

—¡Adiós, Giulio! De nuevo, gracias.

Sergio Fornaro colgó el auricular, estuvo pensativo unos segundos, y acabó encogiendo los hombros. Luego, fue a su mesa, dejó unos billetes de los que le había obsequiado Lucía Padovani, y salió del establecimiento.

Poco después tomaba el primer taxi que vio y le daba el nombre de una calle. Sin número. Simplemente, el nombre de la calle, Via Coppelle.

Tomar un taxi era un lujo para él en sus actuales circunstancias, pero tampoco era cosa de perder el tiempo tomando autobuses para ahorrar unas cuantas miserables liras. El asunto realmente requería una gran rapidez de acción, y Sergio Fornaro estaba dispuesto a llegar al límite de sus posibilidades.

Por el camino hasta Via Coppelle fue pensando, en la información que le había facilitado Giulio Lambrone. Le había dado el nombre de una mujer de raza negra llamada África Black, que vivía en el número 5 de Via Coppelle. Evidentemente, África Black no formaba parte de ningún grupo de terroristas, pero siempre según Giulio Lambrone, la negrita que parecía tener grandes encantos físicos, era, o había sido, la amiga de uno de los siete terroristas que estaban en prisión, el llamado Giobertí Sentini.

Como principio de pista no podía considerarse que estaba mal, aunque posiblemente sería necesario que Lambrone espabilase mucho más en su búsqueda a fin de obtener verdaderos resultados positivos.

Poco después, el taxi se detenía en Via Coppelle. Sergio pagó el importe de la carrera, esperó a que el taxi se alejase, se metió las manos en los bolsillos y comenzó a buscar el número 5. Segundos después se detenía ante este edificio con ciertas pretensiones de modernismo y un considerable confort, que contrastaba con los edificios vecinos. Sergio entró en el portal, buscó los buzones para la correspondencia y en uno de ellos vio el nombre de África Black.

La negrita vivía en el apartamento número 2 del segundo piso, y Sergio se dirigió lentamente escaleras arriba. Segundos más tarde llamaba al timbre de la puerta y se quedaba mirando la madera con expresión hosca. Pero cuando oyó los pasos que se acercaban y acto seguido el pestillo de la puerta, su gesto cambió completamente.

La puerta se abrió. Y, efectivamente, Giulio Lambrone había descrito muy bien a la muchacha. Debía tener alrededor de veinticuatro o veinticinco años, tenía un cuerpo espléndido y un bello rostro, de grandes ojos que contemplaron con curiosidad al visitante. Este, tras dirigir una mirada amable a los cabellos de la muchacha, peinados en el más actual estilo afro, bajó la mirada por el rostro, luego por el escote amplísimo que se le ofrecía, puesto que África Black llevaba solamente un pequeño albornoz rojo, y, finalmente, sonrió.

—¿Tú eres África?

—Sí.

—Me llamo Sergio Fornaro. Estoy en unas pequeñas dificultades y

he pensado, por fin, que Gioberti podría ayudarme.

Los hermosos ojos de África Black se entornaron.

—¿Vienes aquí en busca de Gioberti? —susurró.

—¡Claro que no! —masculló Sergio—. Sé perfectamente que Gioberti está en chirona, junto con otros cuantos del grupo. Pero Gioberti me estuvo hablando de ti en alguna ocasión y he pensado que podría recibir ayuda de él indirectamente.

—¿O sea, que esperas que yo te ayude en algo?

—Sí. Pero no es dinero lo que quiero —Sergio sonrió de nuevo—. Eso puedo conseguirlo fácilmente de cualquier otra mujer. Lo que quiero…

—Pasa —sonrió África, apartándose.

El ex profesor de judo entró en el apartamento. La muchacha cerró la puerta, se volvió hacia él y lo miró muy sonriente de arriba abajo.

—¿De manera que puedes conseguir dinero de cualquier mujer? —inquirió.

—Bueno, ha sido un modo de hablar.

—Pues yo creo que no —lanzó ella una carcajada—. Tienes todo el aspecto del macho hermoso que sabe conseguir lo que quiere. Aunque estás bastante desastrado, amigo Sergio. ¿Por qué no te afeitas, te das un buen baño y te pones unas ropas algo más elegantes?

—Puedo contestar a todas las preguntas con una sola palabra: dinero.

—Entiendo. Bueno, si te falta dinero para adecentar tu aspecto, y no has venido aquí a buscar dinero… ¿qué es lo que has venido a buscar?

—Gioberti me dijo que podía confiar plenamente en ti. Supongo que así debe ser cuando él lo dijo. Bueno, no quisiera molestarte demasiado recordándote su ausencia, pero la verdad es que necesito ayuda.

—Ese cretino… —refunfuñó África Black—. Por mí se lo podrían llevar todos los demonios. Él sabe perfectamente que una mujer como yo no puede ser abandonada.

—¿Abandonada? —alzó las cejas Sergio—. Bueno, yo creo que Gioberti daría cualquier cosa por no haberte abandonado.

—Supongo que sí. Pero el hecho cierto es que ya hace muchos días que estoy nerviosa. ¿Y sabes por qué?

—No —movió la cabeza Sergio—. Lo que sí sé es que hueles muy bien. ¿Acabas de bañarte?

—Exactamente —rió de nuevo África Black—. Tienes muy buen olfato. ¡A ver si adivinas qué perfume uso!

—Pues… —Sergio husmeó cómicamente en el aire—. La verdad, no sabría decirte…

—Eso es que estás muy lejos —sonrió África—. Acércate un poco más, hombre.

El romano asintió, se acercó un poco más a África y adelantó su nariz, hasta que casi tocó la de ella.

—Sigo sin percibir ningún aroma que pueda identificar —murmuró.

—Quizá sea porque no me pongo el perfume en la nariz —lanzó ella una carcajada—. ¿Por qué no hueles un poco más abajo?

—¿Cuánto más abajo?

—Todo lo abajo que tú quieras —susurró ella.

Fornaro se quedó mirándola con suma atención, como aquel que teme que le estén gastando una broma. Pero la sonrisa de África Black era verdaderamente prometedora y aparentemente sincera, así que, con toda cachaza, el romano tomó los bordes del reducido albornoz y los apartó suavemente, dejando Completamente al descubierto el torso de la bellísima negrita.

Entonces, se inclinó hacia allí y volvió a husmear, diciendo:

—Larivin. «Paris Printemps».

África Black lanzó una exclamación:

—¡Eres extraordinario! —aseguró—. ¿De verdad eres amigo de ese cretino de Gioberti?

—De verdad. Lo que pasa es que últimamente estábamos algo distanciados porque Gioberti se estaba dedicando a actividades bastante peligrosas, y no me pareció conveniente trabajar con él. Pero las cosas se me han puesto tan mal, que tengo que aceptar lo que sea. Y como ya sé qué Gioberti está en la cárcel, he pensado que tú podías ayudarme.

—O sea, que Gioberti te habló de mí, te dijo dónde vivía y puesto que él no puede atenderte, vienes a pedirme ayuda a mí.

—Exactamente.

—Bien… Has dicho que no es dinero. ¿Qué clase de ayuda, entonces?

—Supongo que tú debes conocer a alguno de los amigos de Gioberti con los que últimamente se relacionaba. Tengo la esperanza de que puedas decirme cómo encontrar a cualquiera de ellos…

—Entiendo. Oye, ¿por qué no me haces más caso?

—Lo haría con mucho gusto —sonrió Sergio—, pero pienso que quizá eso no te agradaría.

—¡De verdad que eres raro, chico! —lo miró desconcertada la negrita—. Te estoy diciendo que no puedo pasar sin tener conmigo a un hombre y saltas y me dices que vas a molestarme porque me toques.

—A lo mejor soy un retrasado mental —sonrió Sergio Fornaro.

—En todo caso sería un retrasado sexual —rió de nuevo África Black—. O marica.

—No sabría definirte muy bien lo que soy yo —encogió los hombros Sergio—. Pero me parece que podría definir muy bien lo que eres tú. Una ninfómana que acaba de bañarse, ha frotado su preciosa piel, se ha puesto perfume… y ahora sencillamente se siente eufórica.

—¿Eres un mago adivino? —exclamó África Black, quitándose el albornoz y, tirándolo lejos de sí.

—No recuerdo nada de nada sobre mí. Lo que sí sé es que me gustaría tomar un trago. ¿Tienes algo para beber?

—Pasa —susurró dulcemente ella.

Le precedió hacia el saloncito, moviendo el cuerpo y de modo especial las caderas, de tal modo, que Sergio Fornaro tuvo que admitir definitivamente que se hallaba ante un tremendísimo bombón. Bombón tanto en lo apetecible como en el color. Toda África Black era un gigantesco bombón.

—¿Qué te gustaría tomar? —ofreció ella cuando estuvieron en el saloncito.

—Últimamente me empapurro como una bestia de Liquore Abbazia, pero para el caso puede servirme cualquier cosa.

—Tengo un buen whisky escocés.

—Pues whisky —encogió los hombros Sergio.

—¿Con hielo?

—Bueno… Yo no tengo inconveniente en que intentes poner hielo en mi vaso. Pero no creo que lo consigas.

—¿Por qué? —se sorprendió África.

—Porque tal como estás, hijita, en cuanto te acerques a los cubitos de hielo los vas a derretir en un instante.

—Oye —volvió a reír ella—. ¿Sabes que tienes chispa? Y además, eres todo un buen mozo. Tienes los hombros muy anchos y las manos grandes, y el cuello muy bien musculado… Eres todo un tipazo de los que a mí me gustan.

—Bueno… Te sabré mejor con whisky.

Una vez más, soltó una carcajada África Black.

—Siéntate en el sofá —le señaló—. Voy a servirte una generosa ración de whisky con hielo. Eso si no se derrite, claro.

Sergio se sentó en el sofá, mirando con indiferencia a todos lados. Era un apartamento coquetón, pero, por supuesto, recargado y de gusto más bien dudoso. Cuando miró a África Black, ella caminaba ya hacia él, cimbreándose de tal modo que su hermosa anatomía vibraba con auténtico ritmo sensual africano.

Ella llegó ante él, le tendió el vaso y dijo:

—Tu whisky —se sentó en las rodillas de Sergio cuando éste hubo

tomado el vaso, y otra vez rió—. ¡Y tu negrita!

—¿Por dónde empiezo? —sonrió Sergio.

—Por lo que más te guste.

—Me gustan las dos cosas, pero si tomo primero una estaré en mejor disposición para la siguiente.

—Entiendo. Y lo que te va a poner en órbita va a ser un buen trago de whisky, ¿no es eso?

—Pues sí.

—Entonces, macho fenómeno, ¡adentro con el whisky!

Sergio bebió una pequeña parte del contenido del vaso. Lo estaba necesitando realmente, y pensó aterrado que quizá se había convertido en un alcohólico. Y una cosa era aturdirse con el alcohol y otra era acabar hundiéndose en el alcoholismo. Lo cual, a fin de cuentas, es muy lógico y en la mayoría de los casos inevitable en quien bebe alcohol.

—Bien —chascó la lengua—. La verdad es que me encuentro mucho mejor. Y ahora, volviendo al asunto que estábamos tratando, te agradecería que me dijeses cómo puedo encontrar algún amigo de Gioberti para pedirle…

—Eso, después —susurró África Black—. No me digas que te viene ahora de veinte minutos.

Sergio pensó que quizá no vendría de veinte minutos, en efecto. También pensó que todo aquello era una pura cochinada, y, como un relámpago, la imagen de Lucía Padovani, dulce y tímida, pasó por su mente.

Pero, como suele decirse, al que algo quiere, algo le cuesta.

—Claro que no tengo prisa —consiguió sonreír—. Pero me gustaría saber en qué voy a invertir esos veinte minutos.

—Yo te lo diré —dijo África Black.

Le quitó el vaso de la mano, lo dejó en el suelo y luego volvió a abrazarse a él, acercando su hermosa boca a la áspera y endurecida de Sergio Fornaro.

* * *

—¿Sabes lo que te digo? —suspiró África Black.

—¿Qué me dices?

—Que por mí ese castrado de Gioberti podría quedarse en la cárcel toda la vida… Es más, aunque salga, le diré que puede irse a la mismísima mierda.

—¿Y eso por qué?

—Porque a mí me gusta lo bueno. Y si de lo bueno puedo escoger lo mejor, tanto mejor. La prueba la tienes en «París Printemps». Y lo

mismo que sé escoger un perfume, sé escoger un hombre.

—Me parece bien —sonrió Sergio—. Pero si no encuentro pronto trabajo, me parece que no va a quedar hombre para hacer juego con tu perfume. De verdad, África, necesito dinero.

—Mi verdadero nombre es Dnima Nuru —rió la negrita—… Pero, claro, este nombre no lo podría recordar nadie. En cambio, el nombre de África Black está bien cotizado en algunos clubs nocturnos de Europa. Especialmente en Italia, donde he tenido muchísimo éxito.

—Lo que quiere decir que te las arreglas para ganar bastante dinero.

—Sí. Y a cambio de bien poca cosa… Los hombres que no son como tú son unos asquerosos piojosos. Ellos pagan por verme desnuda y hacer según qué funciones. En cambio, estoy segura de que tú no te gastarías ni una puerca lira en uno de esos espectáculos.

—Has acertado. Bien, volviendo a mí asunto…

—Si quieres dinero, yo puedo dártelo —dijo África Black, deslizando sus labios sobre un pectoral de Sergio.

—No quiero dinero de ti. Es decir, puedo aceptarte ahora unas cuantas liras para invertirlas en un traje o en cualquier tontería así. Pero, naturalmente, no podrías mantenerme el resto de mi vida. Así que estoy buscando algo que me proporcione dinero en cantidad. Espero que comprendas esto, África.

—Claro que sí —murmuró ella—. Yo conozco a algunos de los amigos de Gioberti, pero sólo recuerdo el nombre de dos… Mejor dicho, ni siquiera de dos. El nombre de uno era tan raro que sólo, podría recordarlo si lo oyera. El del otro sí lo recuerdo perfectamente. Se llama Walter Goring… Creo que es alemán.

—Sí, el nombre parece alemán —admitió Sergio, con indiferencia —. ¿Sabes dónde puedo encontrarlo?

—Creo que vive en el 82 o en 84 de Via Gallia. No estoy segura del número, pero sí de que vive en Via Gallia.

Sergio Fornaro estuvo pensativo e inmóvil todavía, durante casi un minuto, mientras África Black, seguía intentando besarle en la boca. Cuando estaba a punto de alcanzarla, Sergio la apartó suavemente y se sentó en la cama.

—¿Te importa que use tu teléfono?

—¡Vaya una pregunta, después de lo que has estado usando aquí!

Esbozando una sonrisilla, aunque la cosa realmente no dejaba de tener cierta gracia, Sergio se dirigió hacia el teléfono, descolgó el auricular y, tras vacilar, marcó un número.

—Jiro, soy Sergio.

—¿No te sorprende mi llamada?

—Está bien. Necesito tu ayuda… ¿Puedo contar con ella?

—Gracias. Espérame en tu coche delante del número 80 de Via Gallia dentro de quince o veinte minutos. ¿Puedes hacerlo?

—Hasta luego, entonces.

Colgó el auricular. Fue adonde habían quedado sus ropas y comenzó a vestirse. Miró un instante a la intrigadísima África Black y señaló hacia la salida del saloncito.

—Ve a vestirte tú también.

—¿Por qué? Estoy más cómoda así. Y todavía faltan algunas horas hasta que vaya a trabajar al club nocturno.

—Ve a vestirte. Luego llamarás al club nocturno y dirás que no te encuentras bien y que esta noche no vas a ir a trabajar.

—¿Por qué no voy a ir a trabajar?

—Porque tengo mejores planes para ti —la miró fijamente Sergio Fornaro—. Y cuando digo que tengo mejores planes para ti significa que te irá mucho mejor si haces lo que te digo y no complicas las cosas. ¿Está claro, África?

—Eres un tipo duro, ¿eh? —sonrió ella.

—No sé si soy duro. Pero te aseguro que tengo muy mala uva. De modo que ¡ponte en movimiento, perla negra!

Riendo, África Black se puso en pie y fue hacia la salida del saloncito. Sergio terminó de vestirse rápidamente y fue también hacia allí. Llegó hasta el dormitorio y vio a África Black vistiéndose rápidamente. Al parecer, la negrita era muy dócil, o bien sabía lo que le convenía, y no ponía dificultades a una situación que muy posiblemente la estaba inquietando.

—Sergio —se volvió ella—. ¿Vais a hacer algo malo conmigo?

—¿Por qué habríamos de hacerlo?

—No sé… Pero si eres amigo de ese bestia de Gioberti y de los otros, la verdad es que no me dejas muy tranquila. Piensa que yo solamente he querido ayudarte a ti, por ser amigo de Gioberti.

—No te preocupes. No se trata de nada que te afecte. Sólo se trata de que tenemos en marcha un proyecto y para que tengamos la completa seguridad de que no van a surgir complicaciones, tú tendrás que estar un par de días fuera de la circulación.

—¿Sólo un par de días? —casi tembló la voz de ella—. ¿De verdad que serán sólo un par de días; Sergio?

—De verdad.

—Entonces, está bien. Ya verás como no os buscaré ningún problema.

—Eso será lo mejor para todos.

Minutos más tarde, Sergio Fornaro salía del número 8 de Via Coppelle, llevando del brazo a la fantástica y escultural Dmma Nuru, por nombre artístico África Black. Ella tenía coche y lo ofreció al

romano, pero éste negó con el gesto, y poco después llamaba otro taxi. Taxi que más tarde los dejaba frente al número 80 de Via Gallia. Sergio Fornaro pago el importe, se apeó, tendió la mano a África Black, y ya ambos en tierra, con un vistazo el romano divisó el coche que ya conocía. Se acercó al vehículo, abrió la portezuela de atrás, hizo, entrar a África y acto seguido lo hizo él, sentándose a su lado.

En el asiento delantero, un hombre de raza japonesa, de unos treinta y cinco años, estaba vuelto hacia el asiento posterior y contemplaba inexpresivamente a sus pasajeros.

—¿Cómo estás, Sergio? —preguntó el japonés.

—Bien, Jiro, gracias. A ti no hace falta que te lo pregunte. Tienes el mismo buen aspecto lógico de siempre.

Jiro Ugaki, quinto dan de judo a sus treinta y cuatro años, sonrió al escuchar las palabras de su compañero budoka. O quizá estaría mejor decir excompañero exbudoka.

—Lamento no poder decir lo mismo de tu aspecto, Sergio. La verdad es que no es muy recomendable. Si te viese Sensei se llevaría un gran disgusto.

—Lo sé —murmuró Sergio—. Pero no he venido a hablar de estas cosas, sino de otras en las que me he metido; y para ir resolviendo las cosas a mí manera, necesito tu ayuda.

—Ya te he dicho que te ayudaré en todo lo que me pidas. ¿No piensas volver nunca por el Kamakura?

Sergio Fornaro palideció y Jiro Ugaki sonrió. El japonés sonrió, no por maldad, sino por todo lo contrario, por afecto hacia el italiano al que había conocido tan sólo unos pocos meses antes, cuando él llegó a Roma para hacerse cargo de la dirección y enseñanza en el Kamakura-Dojo. Los motivos de la llegada de Jiro Ugaki a Roma habían sido muy simples: Jiro Ugaki era uno de los hombres comodín del maestro, el hombre que desde su retiro en una preciosa villa cerca de Tokio, dirigía la legión de budokas que formaban la organización Kuro Arashi. Organización que el maestro dedicaba a la lucha contra el mal.

En cuanto a Jiro Ugaki, como se ha dicho, era el comodín de Sensei. Es decir, el hombre que viajaba por todo el mundo ocupando las plazas de profesor de judo que temporalmente por una causa u otra, dejaban vacantes los budokas que habían sido discípulos de Sensei. Una vez recuperado el profesor residente en determinado lugar, o encontrado otro idóneo para dirigir la escuela de judo de que se tratase. Jiro Ugaki continuaba dando vueltas al mundo, haciendo suplencias, resolviendo problemas… y escribiendo bellos libros de poemas, de los cuales le habían sido ya publicados varios en Japón y traducidos posteriormente al inglés y a otros idiomas.

—La pendiente es ya muy pronunciada, Sergio —dijo de pronto

Jiro Ugaki—. Quizá cuando quieras volver atrás ya no sea posible, ya sea todo tan cuesta arriba que sólo puedas seguir rodando hacia abajo, hacia el precipicio final. Si llegas a ese extremo, sabes que nunca jamás podrás volver al Kamakura-Dojo, ni ocupar ningún puesto de enseñanza en el judo mientras Sensei o cualquiera de nosotros esté vivo.

—¿Me estás amenazando? —palideció aún más Sergio Fornaro.

—¡Claro que no! —respingó en verdad sorprendidísimo el japonés —. Lo que estoy haciendo es recordarte lo que puedes perder.

—Está bien —musitó Sergio—. Voy a necesitar el Kamakura-Dojo para esconder allí durante unos días a una o varias personas. ¿Puedo contar con ello?

—¿Vas a comprometer al Kamakura-Dojo en alguna actividad deshonesta, Sergio?

—Tú sabes que no —refunfuñó el romano.

—Entonces cuenta con lo que sea. Supongo que esta mujer es una de esas personas que deberán permanecer allí.

—Sí. Pero ahora ya no quiero invertir más tiempo en conversación. Quédate con ella y que no se escape, Jiro. Yo voy a buscar a un hombre llamado Walter Goring, que vive en el número 82 o el 84 de esta calle Espero volver con él dentro de unos minutos. Espérame aquí.

—De acuerdo —asintió el japonés.

—Pórtate bien, África —dijo Sergio.

Salió del coche, pasó a la acera y allí buscó el número 82 en primer lugar.

Capítulo IV

WALTER Goring abrió la puerta de su apartamento y se quedó mirando inexpresivamente al hombre que tenía ante él.

—¿Qué desea?

—¿Es usted Goring? —preguntó el visitante.

—Sí. ¿Quién es usted?

—Me llamo Sergio Fornaro. Soy amigo de Gioberti Sentini.

Hubo una breve sacudida en los párpados del alemán Walter Goring. Durante tres o cuatro segundos estuvo mirando con fría fijeza los oscuros ojos del italiano. Por fin se apartó en silencio, haciendo una expresiva seña hacia el interior del apartamento. Sergio entró y Goring cerró la puerta.

—¿Qué clase de amigo? —murmuró.

—Quedamos que amigo para cualquier cosa que se presente.

—Entiendo. —Goring se pasó una mano por la barbilla—. Pero me pregunto por qué viene a decirme a mí que es amigo de Sentini.

—No voy a ir a decírselo a él a la cárcel —refunfuñó Sergio.

—Entiendo. —Walter Goring sonrió—. ¿Quieres tomar algo?

—No —se sorprendió Sergio a sí mismo negando—. En estos momentos, no, gracias.

—Bien. Vamos adentro a charlar… ¿Por qué has venido a buscarme a mí?

—Porque puesto que Gioberti está en la cárcel y no puede ayudarme, he pensado que quizá tú sí podrías introducirme en el grupo al que pertenecéis.

—¿Qué grupo? —inquirió Goring.

Entraron en el pequeño saloncito, y el alemán señaló uno de los sillones. Sergio fue a sentarse allí, vio cigarrillos sobre una mesita, encendió uno y sólo entonces miró de nuevo directamente al alemán.

—Estoy hablando del grupo de tipos decididos, que sois capaces de cualquier cosa para ayudar a los amigos. Un grupo así me interesa. Al principio, me resistí a enrolarme y así se lo dije a Gioberti. Pero en vista de vuestros métodos de… compañerismo, he decidido formar parte del grupo.

—Me parece que no entiendo muy bien lo que dices.

—Vamos, vamos —sonrió Sergio—. ¿Acaso vas a decirme que lo del autocar de las niñas españolas no es asunto vuestro?

—Es asunto del grupo de terroristas al cual pertenece Gioberti

Sentini —dijo muy despacio y con muy claro tono de voz Walter Goring—. Lo que no significa, en modo alguno, que yo pertenezca a ese grupo.

—Entiendo —sonrió de nuevo el romano—. Y comprendo muy bien que no quieras arriesgarte así como así, a admitir según qué cosas ante mí, que a fin de cuentas soy un desconocido para ti. Pero estoy pensando que quizá no lo sea para otros amigos de Gioberti.

—En ese caso, ve a ver a esos otros amigos.

—No puedo porque no los conozco. A ti te conozco porque él te mencionó en alguna ocasión, y hasta recuerdo que una vez que estábamos con África, ya sabes, la negrita putita que se acuesta con Gioberti… digo que recuerdo una vez que nos habló de ti estando incluso con África. En cuanto a otros amigos de Gioberti, es posible que ellos me conozcan a mí, pero no yo a ellos.

—Muy lógico —asintió el alemán—. Bien, tengo ahí una libreta con unas cuantas direcciones. Voy a echarle un vistazo y te mencionaré algunos nombres por si los recordases. En cuyo caso llamaríamos a ese otro amigo de Gioberti para preguntarle por ti. ¿Estás de acuerdo?

—Completamente —asintió Sergio.

Walter Goring se dirigió hacia el mueble-librería que tenía unos cajoncitos en un extremo, mientras Sergio Fornaro pensaba, con cierto desaliento, que Walter Goring no iba a ser tan fácil de tratar y convencer como África Black. Pero, desde luego, no iba a permitirle qué llamase por teléfono a nadie, pues eso significaría su sentencia de muerte.

Lo que iba a hacer era dejar que Walter Goring agarrase su libretita, y se acercase al teléfono, que estaba muy cerca de Sergio. Entonces, no tendría más remedio que recurrir a un procedimiento bien diferente al engaño o la persuasión pacífica.

Pero, ciertamente, cada uno tiene su juego… Y el de Walter Goring fue volverse tranquilamente, empuñando una pistola con la que apuntó a Sergio Fornaro, mientras una dura expresión aparecía en su rostro.

—¡No te muevas! —dijo secamente.

Sergio frunció las cejas en un gesto hosco. Simplemente esto.

—¿Qué significa esa pistola? —gruñó.

—Significa que o eres un tipo muy listo o eres un auténtico chiflado. Pon las manos sobre la cabeza y déjalas ahí todo el tiempo.

—Está bien —dijo muy sereno Sergio, obedeciendo—. Supongo que todo esto tendrá una explicación, Goring.

—Seguro que la va a tener. De momento, voy a llamar a un par de amigos, para que me ayuden a controlarte mejor.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que podrías ser un policía… por ejemplo.

—¡Tú sí que estás chiflado! —refunfuñó el romano—. ¡Un policía, yo!

—Lo cierto es que no eres un amigo de Gioberti Sentini. Conozco bien a Sentini, y si fueses amigo de él te habría mencionado alguna vez, indicando la posibilidad de que pasases a formar parte de nuestro grupo. De modo que permanece ahí mientras yo telefoneo.

Sergio Fornaro hizo un gesto de asentimiento, y permaneció inmóvil, con las manos en la cabeza. Walter Goring, sosteniendo la pistola con la mano derecha, se acercó a la mesita donde estaba el teléfono, descolgó el auricular de éste, dirigió un vistazo al disco, y marcó.

Iba ya Walter Goring por el cuarto número, cuando Sergio comprendió que aquella situación no conducía a nada práctico para él. Si dejaba que Walter Goring terminase de marcar el número y hablase con alguien, la situación empeoraría. En primer lugar, porque Walter Goring, no teniendo que prestar ya ninguna atención al teléfono, podría dedicarse a vigilarlo con más atención. En segundo lugar, porque si llegaba a hablar con alguien y mencionaba no sólo su nombre, sino que había alguien que estaba interesándose por aquel asunto, las cosas podían complicarse… No para él, para Sergio Fornaro, ciertamente, sino para las cuarenta niñas que estaban prisioneras en un autocar.

Así pues, Sergio Fornaro comprendió que era el momento de jugárselo todo en un segundo.

Mejor dicho, en bastante menos de un segundo, porque la acción del ex profesor de judo fue tan veloz, que sobrepasó todos los límites de reacción y reflejos de Walter Goring. Cuando éste captó el primer movimiento de Sergio Fornaro, el italiano estaba ya lanzado hacia él con las manos tendidas.

Walter Goring lanzó una exclamación ahogada, y retrocedió vivamente un paso, orientando la pistola hacia la nueva posición de Sergio Fornaro.

Plop, chascó el disparo con silenciador.

La bala pasó rozando la parte posterior de la cabeza y la espalda de Sergio, y fue a hundirse, con acolchado sonido, en el sofá. Al mismo tiempo, Sergio llegaba en el horizontal vuelo cerca del suelo hasta las piernas de Walter Goring, que lanzó otra exclamación y comenzó a bajar la pistola. Pero ya las manos del judoka habían asido los tobillos del alemán, y su hombro derecho chocó con las rodillas de éste. El impacto en las rodillas se vio reforzado por el tirón de manos que dio hacia sí Sergio Fornaro, y cuando Goring disparaba por segunda vez,

comenzaba a caer velozmente hacia atrás.

La bala dio en el techo, arrancando una fina lluvia blanca. El alemán cayó violentamente de espaldas, con tal fuerza que su cabeza retumbó.

Al instante siguiente, Sergio Fornaro estaba sentado a horcajadas sobre su vientre, siguiendo la acción del morotegari con una presión de inmovilización sobre el torso del alemán. Todavía éste pudo realizar otro intento de disparar contra Sergio Fornaro, pero la mano izquierda de éste asió su muñeca, la derecha pasó por detrás del brazo para unirse a la izquierda también en la muñeca, y efectuó una fortísimo torsión en udega-rami que arrancó un grito de dolor al alemán.

Por supuesto, la pistola escapó de los dedos, por los que había circulado, estallado más bien, la corriente de terrible dolor nacido en la articulación del codo. Inmediatamente de desarmado, Walter Goring, Sergio le soltó el brazo, empujó con la mano la pistola bien lejos, y bajando velozmente el codo derecho, golpeó con éste en un lado de la barbilla del alemán, en potente nde-ate que pareció apagar de nuevo los ojos de Walter Goring.

Cuando, un instante más tarde, éste vino a darse cuenta, estaba de pie delante del judoka, y sujeto por las solapas con ambas manos. Todavía Walter Goring, pese al dolor terrible que sentía en el codo derecho, intento continuar la lucha a manos limpias… y allí fue la auténtica debacle para él.

Sin soltarle las solapas, Sergio Fornaro giró, como si fuese a colocarse completamente de espaldas a Goring. Pero para cuando esto sucedió, el alemán ya estaba haciendo contacto con su abdomen en la cadera derecha de Sergio. Este bajó el torso, introduciendo la pierna derecha entre las de Goring, y tirando fuertemente con los brazos…

Fue un uchi-mata espectacularísimo. Goring salió volando como un simple pelele, y, girando en el aire, fue a chocar fortísimamente contra la pared, haciendo retumbar todo el apartamento. El rebote le llevó de cabeza al suelo, y, todavía estaba sacudiéndola, cuando aquellas manos que le parecían de hierro volvieron a asirlo por las ropas para ponerlo de nuevo en pie. Otro intento, más bien instintivo, por parte de Goring de continuar luchando con aquel hombre a manos limpias, fue correspondido con un impresionantísimo ippon seoi nage, el movimiento de hombro de judo, que alzó a Goring casi al techo, y, por fortuna para él, lo llevó hasta el sofá, donde rebotó, pareció volar de nuevo, y cayó de costado al suelo.

Nuevamente, Sergio Fornaro apareció ante él, lo puso en pie, lo miró fríamente un instante, y pareciéndole que todavía conservaba un cierto vigor que podía dar lugar a una continuación de su resistencia, giró de nuevo ante él, sujetándole el brazo derecho y la solapa

izquierda, y tiró del brazo derecho con su izquierdo al mismo tiempo que con la derecha empujaba hacia ese lado y adelante.

El tai oioshi dio de nuevo con Walter Goring en el suelo, esta vez menos espectacularmente, pero causándole tanto dolor, que quedó en el suelo inmóvil, sin aliento, con el rostro desencajado.

Y Sergio Fornaro lo colocó boca arriba, se sentó de nuevo sobre su vientre, asió una solapa con cada mano, y las cruzó sobre la garganta del alemán, en implacable juji-jime, que contribuyó definitivamente a disminuir la ya escasa resistencia del alemán. Un poco más de presión en las solapas, cruzando con fuerza la mano derecha sobre la izquierda, provocó la estrangulación por corte de riego sanguíneo, y Walter Goring perdió el conocimiento.

Esta vez sí, sus ojos se apagaron, dejándolo sumido en la más completa oscuridad.

Sergio Fornaro se puso en pie, colgó el teléfono, recogió la pistola, que se guardó en un bolsillo, y luego permaneció unos segundos inmóvil, con el oído atento. Era inevitable que alguien hubiese oído el estruendo de la paliza recibida por el alemán, pero, puesto que ya había cesado y todo parecía haber regresado a la calma, no era de esperar reacción alguna por parte de los vecinos. Convencido de eso un minuto más tarde, el judoka volvió junto a Goring, lo sentó en el suelo, pasó tras él sujetándole por los hombros, y, manteniéndolo sentado, dio algunos golpes con su rodilla derecha en las vértebras dorsales más cercanas a las del cuello.

El kuiitsu tuvo efecto casi inmediato. Primero, Goring se movió respingando, y acto seguido su cabeza se irguió. Hubo un movimiento de tensión en su cuerpo, y pareció que quería ponerse en pie. Entonces, la mano derecha de Sergio Fornaro le asió por los cabellos y lo mantuvo inmovilizado sentado.

—La pistola la tengo yo —dijo el romano—. Y aunque no la tuviera, ya has visto que si tú tampoco estás armado, las cosas nunca podrían funcionar a tu gusto. De modo que elige entre que te rompa el cuello aquí mismo o venir a dar un paseo conmigo.

—Iré:… iré a dar ese paseo —jadeó Walter Goring.

—Muy bien. Ponte en pie y camina hacia la puerta. Yo voy a ir todo el tiempo detrás tuyo, y si intentas algo dispararé a tu espalda. Vamos.

Goring se puso en pie, y fue directo a la salida del saloncito. Segundos después, ambos abandonaban el apartamento, caminando Sergio Fornaro unos pasos detrás del alemán. Salieron a la calle, Goring volvió la cabeza, y Sergio señaló el coche en el que estaban esperando Jiro Ugaki y la bella negrita África Black.

Cuando hubieron entrado los dos en el coche, Sergio dijo;

simplemente:

—Vámonos, Jiro.

Capítulo V

SERGIO Fornaro retiró del soporte la katana de adorno en una de las paredes de Kamakura-Dojo, y se volvió hacia su compañero, el budoka-poeta Jiro Ugaki.

Este movió la cabeza con un gesto de duda, y murmuró:

—Comprendo tu postura, y, en el fondo, apruebo lo que quieres hacer, Sergio. Pero quizá sería más conveniente para esas niñas dejar que el problema fuese resuelto por las autoridades italianas.

—No —negó Sergio.

—¿Por qué no? Seguramente, llegarán a un acuerdo con los secuestradores. El Gobierno italiano no puede permitir que unos criminales asesinen a cuarenta y dos personas, cuarenta de ellas unas niñas prácticamente.

—El Gobierno italiano, por supuesto, no debe estar pensando en permitir semejante atrocidad —murmuró Sergio Fornaro—. Pero lo seguro es que la negociación para liberar a esas niñas no va a ser una cosa sencilla. Seguramente, en estos momentos la policía y demás fuerzas del orden italianas están procediendo a buscar todas las pistas posibles que puedan ayudarles a controlar personas sospechosas de poder estar involucradas en este asunto. Es muy posible, incluso, que muy pronto lleguen policía o agentes especiales de seguridad al apartamento de Walter Goring y de la muchacha negra. Pero… ¿qué crees que puede hacer la policía? Simplemente, mantener la vigilancia a estos sospechosos.

—Está bien. Pero será mejor que tengas mucho cuidado con lo que haces. Piensa en esas niñas.

—En ellas estoy pensando —asintió Sergio Fornaro.

—A Sensei le gustará saber esto de ti, Sergio —murmuró el japonés —. Tengas o no tengas éxito en lo que te propones, es una acción de la más pura línea de nuestra Kuro-Arashi.

Sergio Fornaro no contestó. Se alejó de la zona del dojo destinada al tatami, cuyas verdes y gastadas colchonetas evidenciaban las muchas horas de entrena miento de numerosos judokas, y, acompañado por Ugaki, fue hacia el cuarto de material.

Allí, en una habitación de poco más de doce metros cuadrados, estaban África Black y Walter Goring. Los dos habían sido concienzudamente atados de pies y manos, utilizando para ello varios cinturones de color blanco tomados de las estanterías de madera donde estaban apilados los judoguis de diversas tallas.

África Black miró la katana que Sergio llevaba en la diestra, y sus ojos se desorbitaron. Pero el italiano le sonrió casi amistosamente.

—No te preocupes, negrita. Esto no es para ti. Tú ya has hecho suficiente, y te estoy muy agradecido. Todo lo que tienes que hacer durante un día, o dos como máximo, es permanecer aquí quieta, callada, y sin buscar complicaciones. Si lo haces así, mi compañero te tratará bien. Si intentas algo, él te arrancará los ojos con las manos… ¿Verdad que lo harás, Jiro?

—Por supuesto que sí —dijo fríamente el japonés.

África Black abrió aún más los ojos, y su rostro se desencajó un instante. Luego, pareció relajarse, dejó caer la cabeza sobre el pecho, y se mordió los labios.

Por su parte, Walter Goring miraba también la katana que, ahora, Sergio Fornaro blandía con indiferencia ante él.

—¿Sabe qué es esto, Goring? —preguntó.

—Un sable —masculló el alemán.

—Exactamente. Un sable japonés… Su nombre en ese idioma es katana. Seguramente ha oído usted hablar de los samurai y de lo que eran capaces de conseguir con una katana en las manos. Yo, por supuesto, no soy un samurai… pero como todo buen budoka, me he interesado no sólo por mi arte marcial, concretamente el judo, sino que también he adquirido pequeñas nociones de otras artes marciales. Ahora vamos a hablar con claridad. Si usted se comporta de modo inteligente, la katana volverá a su vaina sin haber sido utilizada. Si intenta ponerse duro, le aseguro que el acero de esta arma es mucho más duro que usted. ¿Lo ha entendido?

—Sí —gruñó de nuevo Goring.

—Muy bien. ¿Dónde está en estos momentos el autocar de Italcar?

—¿Cómo demonios quiere que yo sepa eso? —saltó Goring.

Sergio Fornaro frunció el ceño y permaneció pensativo unos segundos. Por fin, asintió con la cabeza, y su actitud fue en verdad razonable.

—De acuerdo. No puedo estar seguro de que lo sepa, y por otra parte admito que realmente usted no tiene por qué saberlo. Sin embargo, sí debe saber de dónde ha partido este… esta idea del secuestro.

—No tengo ni idea, ni la menor información sobre ese asunto —mascculló el alemán.

—Mire, Goring… Yo, por ejemplo, tampoco sé cuántos budokas de primera categoría hay en estos momentos en París impartiendo clases de judo, karate, kendo, kyudo, etcétera… Pero si quisiera saberlo, tengo recursos más que sobrados para ello. Me basta con hacer un par de llamadas telefónicas, y, de un modo u otro, aunque fuese una

información rebotada en varios puntos, ésta llegaría a mí, y sabría quiénes son los budokas que en París están enseñando su arte marcial. Del mismo modo, usted, que me ha sido señalado como terrorista, debe saber cuándo menos dónde puedo encontrar a otros que me orienten.

—No tengo ni idea —insistió hoscamente Walter Goring.

La reacción de Sergio Fornaro dejó aterrada a África Black, impávido a Jiro Ugaki, y completamente aterrorizado a Walter Goring. Simplemente, sin más consideraciones ni palabras, Sergio Fornaro alzó la katana sujetándola con ambas manos, y la dejó caer en veloz línea diagonal descendente contra el brazo izquierdo de Walter Goring, un poco más abajo del hombro. El alemán no pudo evitar un alarido de dolor, y su rostro se desencajó y adquirió un súbito tono de cera.

La ropa, más que cortada, había sido partida por el impacto de la katana, que, ciertamente, llegó bastante más allá… Casi enseguida, la sangre brotó del tajo inferido en el brazo de Walter Goring, y comenzó a deslizarse por éste.

—Eso es sólo una iniciación al dolor, Goring —dijo Sergio Fornaro —. El dolor es una cosa curiosa. Dicen que si se va sintiendo gradualmente, cada vez es menos penoso, cada vez se nota menos. Según esta teoría, un hombre al que primero le hacen un corte, está preparándose para que el siguiente le duela menos, el próximo menos aún, y así sucesivamente… Si esto es cierto, yo puedo cortarle a usted ahora una oreja, y seguramente le dolerá menos que ese corte en el brazo. Y poco después, puedo cortarle todo el brazo, y seguramente le dolerá menos que la oreja… Y así sucesivamente.

—No lo hará —jadeó Walter Goring—. ¡No hará eso!

Sergio Fornaro alzó las cejas con una expresión en verdad simpática y divertida. Luego, sin replicar, volvió a empuñar adecuadamente la katana, y la colocó horizontalmente, de modo que el filo fue a descansar sobre la oreja derecha de Walter Goring. Estuvo un par de segundos tomando medida de la distancia, alzó la katana por encima de su cabeza…

—¡No! —gritó Walter Goring—. ¡No lo haga! Se lo diré… Le diré dónde puede encontrar a algunos de mis compañeros.

Sergio movió la cabeza negativamente.

—No, Goring, no… Sus compañeros no me interesan. ¿Qué voy a ganar, atrapando sujetos como usted? Quiero un nombre importante.

—No… no sé… ningún nombre importante —jadeó el alemán.

—¿No? Bueno, pero su oreja sí es importante para usted, ¿verdad?

—¡Le digo que no sé ningún nombre importante!

Sergio Fornaro encogió los hombros y alzó de nuevo la katana.

—¡Espere! —gritó de nuevo—. ¡Le diré un nombre!

—Muy bien. Le escuchamos con sumo interés, Goring. ¿Cuál es ese nombre?

—Greta… Greta Mayer. Es una alemana que hace tiempo que reside en Roma, y que tiene una casa de modas. Ella es la que nos contrata a nosotros.

—¿La que les contrata? ¿Qué quiere eso decir?

—Pues… digamos que es una intermediaria principal… una conexión entre los verdaderos promotores de estos últimos actos de terrorismo y nosotros.

—¡Vaya…! De modo que una mujer es el nexo de unión entre gente como ustedes y gente… que seguramente son peores que ustedes. Está bien. ¿Cuál es la dirección de esa casa de modas?

Ella no estará allí, a estas horas —murmuró Goring—. Tiene un apartamento de lujo en el 112 de Via Vetulonia.

—El 112 de Via Vetulonia —asintió Sergio—. Está bien. ¿Qué más?

—Bueno, esa está cerca de…

—¿Pretende enseñarme a mí cosas sobre Roma, Goring? —preguntó fríamente el judoka—. No necesito sus indicaciones en ese sentido. Al preguntar ¿qué más?, la idea era que usted me dijera más cosas sobre esa Greta Mayer.

—No sé prácticamente nada de ella. Sólo sé que cuando uno de nosotros es sondeado, en primer lugar, por uno de los que ya pertenece al grupo, luego, si el hombre interesa y acepta las condiciones preliminares, es puesto en contacto con Greta Mayer, que le da las instrucciones finales y lo designa a uno de los grupos que operan en Italia.

—¿De modo que hay varios grupos de terroristas? ¿Y todos ellos dirigidos por la misma persona o grupo de personas de las cuales no sabemos nada excepto que son las que dan instrucciones a Greta Mayer?

—Sí. Así se hacen las cosas últimamente en Italia.

—Está bien… —Sergio miró al inescrutable Jiro Ugaki—. Yo voy a seguir adelante con esto, Jiro. Tú puedes dar la clase normal de judo, pero recuerda que, de cuando en cuando, debes darte una vuelta por aquí, no fuese que Goring o la negrita tuvieran alguna idea poco conveniente para lo que estamos haciendo.

—Dé acuerdo. ¿Tú vas a ir a ver a esa mujer?

—¿Tú qué crees? —refunfuñó Sergio Fornaro.

* * *

El taxi se detuvo delante del número 24 de Via Liguria, y Sergio se apeó y entró rápidamente en el portal. Allí, le sorprendió la presencia

de Lucía Padovani, que, al verlo, se separó de la pared en la que había estado apoyada.

—¡Sergio! —exclamó la muchacha—. ¿De dónde vienes?

—¿Qué te pasa? —farfulló el judoka—. ¿Tan sorprendente resulta que salga a dar una vuelta?

—No, no… pero como últimamente casi no salías de casa…

—Pues hoy he salido. ¡Adiós!

Sin más explicaciones ni consideraciones, Sergio se lanzó escaleras arriba. Llegó al piso en que tenía su apartamento, abrió la puerta, y oyó tras él la rápida respiración de Lucía. Se volvió a mirarla, frunció el ceño, y masculló:

—¿Por qué me sigues? No eres un perro, ¿verdad?

—No —murmuró Lucía—. Solamente soy una mujer que te ama, Sergio.

—¡Fantástico! —gruñó él—. Seguramente me amas tanto, que soy el gran amor de tu vida.

Lucía Padovani llegó ante él, se colgó de su cuello, y apretó su jadeante busto contra el duro pecho del romano.

—¿Qué te pasa, mi amor? —susurró—. ¿Acaso has olvidado lo de anoche?

—No me digas que le diste verdadera importancia.

—¡Claro que sí! Para mí no fue sólo una noche… agradable, sino mi primera gran noche de amor. Y estoy segura de que también lo fue para ti, Sergio.

—¡No digas tonterías!

—¿Te pareció una tontería? —sonrió Lucía.

Sergio Fornaro se quedó mirando fijamente a Lucía Padovani. En un momento, estuvo tentado de decirle que la noche de amor había sido para él tanta tontería como la tarde de algo parecido pasada con África Black. Pero no podía decir esto. En primer lugar, porque lo sucedido con África Black, aparte de que no había tenido más remedio que claudicar para conseguir lo que quería sin ejercer violencia sobre una mujer, no había tenido para él la menor importancia. En segundo lugar, comprendía que lo que para él no había tenido importancia ninguna, podía herir muy profundamente a Lucía si la ponía en conocimiento de su momentánea relación física con la bella negrita.

Y en tercer lugar, porque al ver a Lucía Padovani pocos segundos antes en el portal, Sergio se había dado cuenta de que había estado todo el día pensando en ella pese a sus otras actividades.

—No —murmuró por fin—. Todo lo que ocurre es que tengo prisa.

—¿Tienes prisa? —se sorprendió la bellísima Lucía—. ¿Qué te pasa? ¿Acaso piensas salir esta noche?

—Voy a una fiesta —Sergio sonrió de pronto—. Sí, a una fiesta.

Allí hay una hermosa mujer llamada Greta Mayer, con la que tengo algunos negocios que atender. Estuve a verla hace un rato en su domicilio, pero me dijeron que había salido a cenar, y que luego asistiría a una fiesta en una casa de Villa Borghese. Como comprenderás, no puedo presentarme…

—¿Y qué clase de negocios tienes tú con esa mujer?

Sergio Fornaro vaciló, se pasó las manos fuertemente por la cara, y tras permanecer todavía en silencio unos segundos, murmuró:

—¿Recuerdas el asunto del secuestro de ese autocar de Italcar?

—¡Claro que si! Todo el día estoy oyendo hablar de lo mismo.

—Bien: pues esa Greta Mayer tiene algo que ver con ese secuestro.

—¡Dios mío! —exclamó Lucía Padovani, respingando y abriendo mucho los ojos—. ¡Tienes que ir a decírselo inmediatamente a la policía, Sergio!

—La policía no puede hacer nada —rechazó él—. Seguramente, están trabajando en lo mismo. O al menos, es de esperar. Pero, debido a las lógicas precauciones que deben tomar para evitarles cualquier mal a esas cuarenta niñas, creo que no habrán obtenido unos resultados tan rápidos como los míos.

Dicho esto, Sergio se adentró en el apartamento, directo hacia el cuarto de baño y comenzando ya a quitarse la ropa por el camino. Cuando entró, estaba ya desnudo de cintura para arriba. Y había puesto en marcha la maquinilla eléctrica de afeitar cuando Lucía, todavía un poco pálida e impresionada, apareció en la puerta.

—Pero, Sergio, ¿cómo… cómo piensas conseguir una cosa así?

—No lo sé. Pero sí sé que no puedo perder tiempo. Imagino que todo el mundo está esperando una reacción básicamente humana por parte de las autoridades italianas. Pero mientras esa decisión está en estudio, esas cuarenta niñas continúan en poder de un grupo de terroristas.

—Las llaman el coro de ángeles —musitó Lucía.

—¿Coro de ángeles? —se sorprendió Sergio Fornaro—. ¿Por qué?

—La madre Mercedes ha hecho algunas declaraciones en el periódico, y dice que, conversando con Elio Novaro, el conductor del autocar, él las definió así. Dijo que eran como un coro de ángeles cantando.

Sergio Fornaro quedó mirándose a sí mismo en el espejo, mientras, cerca de su mejilla, la máquina de afeitar zumbaba en el vacío. Coro de ángeles… Sí, un coro de ángeles… en poder de unos demonios.

De pronto, como una auténtica: proyección cinematográfica en el espejo, Sergio Fornaro creyó ver la imagen de su hijita fallecida seis meses atrás. Palideció, cerró los ojos, y quedó como petrificado. Ella también había sido un ángel… Incluso más angelito que aquellas

muchachas que estaban entre los catorce y los dieciséis años. Pero si su pequeña hubiese permanecido junto a él en lugar de ser obligada por su madre a emprender aquel viaje mortal, habría llegado a tener catorce años, dieciséis años, y posiblemente muchos más… Y de pronto, Sergio Fornaro comprendió cuál era la base de aquel impulso irresistible que le había llevado a intervenir en aquel asunto. El impulso era, sencillamente, el recuerdo de su hijita fallecida.

—¡Sergio…! ¿Te encuentras bien?

Fornaro abrió los ojos, volvió la cabeza hacia Lucía, y asintió con un gesto,.

—Sí… Estoy bien. ¿Tú querrías ayudarme, Lucía?

—¡Claro que sí! —exclamó la muchacha.

—Está bien. ¿Has venido con tu coche?

—Sí, claro.

—Bueno, de momento ve a hacer lo que te he dicho, a ver si encuentras ropa para que pueda presentarme decentemente en una fiesta.

—Sí, Sergio.

—No sé si estás riendo o a punto de llorar —masculló Sergio—. ¿Por qué me miras así?

—Estaba… pensando en que, ahora, afeitado y peinado, eres realmente el Sergio Fornaro del que me enamoré el primer día que entré en el Kamakura-Dojo.

Sergio Fornaro parpadeó. Entonces… ¿las cosas no sucedían porque sí? ¿Sucedían unas tras otras con un sentido determinado? ¿Sucedía algo malo para que luego pudiese suceder algo bueno?

Lucía se acercó a él, preocupada, se abrazó a su cintura, y alzó el rostro para mirarle fijamente a los ojos.

—¿He dicho algo que te haya molestado? —musitó.

Él le tomó el rostro entre sus manos, se inclinó, y besó suavemente los trémulos pero siempre frescos y suavísimos labios de Lucía Padovani.

—No —dijo, con voz algo ronca—. No me ha molestado nada de lo que has dicho… ni nada de lo que has hecho, Lucia.

Capítulo VI

ERA una fiesta encantadora.

Greta Mayer se sentía verdaderamente satisfecha de sí misma y de su proyección en la vida. De prostituta vulgar, en ciudades alemanas, había pasado a ser una adinerada y prestigiosa propietaria de una casa de modas, nada menos que en Roma. Claro está que esto no había sido conseguido fácilmente, pero tampoco había requerido un talento personal especial que fuese excesivamente meritorio.

Por ejemplo: para llegar al lugar donde estaba en aquel momento, esto es, en la hermosa quinta de Villa Borghese, Greta Mayer había tenido que pasar por diversos hombres que la habían tenido más o menos en propiedad exclusiva durante una temporada hasta encontrar al que le interesaba. Al que le interesaba económicamente, se entiende.

Hay que dejar sentado todo esto bien claro, porque en cuanto a gustos personales, Greta Mayer tenía otros muy concretos y diferentes a los que tenía que soportar.

Por ejemplo, aquel hombre que acababa de entrar en el gran salón donde se bailaba, se bebía champaña francés, y se conversaba agradablemente. Greta Mayer lo estuvo mirando mientras él se dirigía al bufete, tomaba un canapé, se lo introducía en la boca, y luego se volvía para mirar al resto de los invitados.

Este hombre debía medir cerca de metro ochenta, tenía los hombros muy anchos, el cuello musculado, las facciones recias, muy bien marcadas, viriles… y unas sorprendentes manos que todavía despertaron más el interés de Greta Mayer. En aquel momento pasaba uno de los camareros con una bandeja, y el hombre tomó una copa. Así fue como Greta Mayer pudo fijarse de modo especial en las manos. Grandes, de dedos largos, marcadas por una insólita musculatura además de los tendones y las venas, eran unas manos que parecían capaces de estrujar cualquier cosa hasta convertirla en polvo.

El recién llegado, sosteniendo la copa de champaña en una mano, caminó hacia uno de los invitados y le hizo una pregunta. El interpelado miró al otro de arriba abajo, asintió, buscó con la mirada… y Greta Mayer estuvo segurísima de que la había dejado finalmente fija en ella. Su seguridad fue ya definitiva cuando fue señalada con la barbilla y vio moverse los labios del hombre. El último invitado la miró, sonrió, y se dirigió directo hacia ella. Al caminar, sus largos cabellos oscilaron de un modo que a Greta Mayer le recordaron

la melena del león.

Efectivamente.

El admirado personaje, vestido con traje corriente, llegó ante ella, y clavó en las azules pupilas de Greta la negrura de sus inteligentes ojos.

—¿Tú eres Greta Mayer? —preguntó en italiano.

—Sí. ¿Quién es usted?

—Te traigo un recado bastante interesante de Walter Goring. Y no me digas que no lo conoces.

Greta Mayer palideció ligeramente, y su mirada describió un veloz semicírculo, como temiendo que alguien hubiese estado lo bastante cerca para oír el nombre pronunciado por el desconocido.

—¿Quién es usted? —musitó.

—Me llamo Sergio Fornaro. Supongo que has comprendido ya que soy amigo de Walter Goring… Y que si estoy aquí es porque algo desagradable está ocurriendo.

—No sé a qué se refiere —negó Greta Mayer con voz tenue—. Ni conozco a nadie que se llame Walter Goring.

El llamado Sergio Fornaro alzó las cejas en un gesto divertido y de gran atractivo varonil.

—Bueno… En ese caso debo haberme equivocado, o el cretino de Goring me ha dado unas indicaciones equivocadas. Usted perdone, señorita.

Parecía dispuesto a alejarse de Greta, pero ésta comprendió que su actitud podía resultar altamente perjudicial para el grupo importante al que ella pertenecía.

—Espere un momento —susurró—. ¿Está seguro de que Goring le ha enviado aquí?

—No. Él no me ha enviado aquí. Él me envió a su domicilio en el 112 de Via Vetulonia, y allí su criada me dijo que estaba usted en esta fiesta.

—¿Cómo le han dejado entrar en esta casa?

—Pues muy sencillo. He dicho que era un empleado de su negocio de modas, residente en Nápoles, y que había venido para hacerle una consulta urgente.

—No me ha gustado su modo de presentarse —dijo un tanto secamente Greta.

—Lo comprendo. Tengo la mala costumbre de tutear a las mujeres y tratarlas rudamente —de pronto Sergio Fornaro sonrió—. Pero no soy tan necio que no sepa distinguir una clase de mujer de otra, cuando ya llevo unos minutos hablando con ella.

—Me gusta eso que ha dicho —sonrió Greta Mayer—. ¿Ha dicho Sergio Fornaro?

—Ese es mi nombre, sí.

—Goring nunca me ha hablado de usted.

—Estamos igual. A mí tampoco me había hablado nunca de usted. Y si le ha hecho ahora, por teléfono, es porque el asunto requería la intervención de alguien que tuviese narices, pero, que hasta el momento no hubiera pertenecido a cierto grupo.

—¿Qué grupo? —entornó los ojos Greta.

—Digamos un grupo en el que se puede ganar bastante dinero con unos riesgos que yo estoy dispuesto a correr.

—No entiendo nada de lo que usted dice.

—Mire, señorita Mayer, usted lleva bastantes años en Italia, y está hablando conmigo en un italiano casi perfecto. Por lo tanto, los dos entendemos perfectamente las palabras que estamos pronunciando. Ahora, si usted quiere que en lugar de hablar con rodeos empiece a hablar aquí del verdadero asunto que Goring me ha encargado que le traspase, por mí no hay inconveniente.

—¿Qué otra cosa sugiere?

—Ya se lo he dicho. Salgamos fuera. Tengo un coche delante de la villa, y alejado unos sesenta u ochenta metros. Lo ideal sería que usted y yo pudiésemos hablar allí, donde es seguro que nadie oiría nada ni vendría a interrumpirnos.

—Iré con usted después de hablar por teléfono con Goring.

—¡Ah, magnífico! —sonrió sardónicamente Sergio—. Si quiere, puedo recitarle de memoria el número de la Jefatura de Policía.

—¿La Jefatura de Policía? —palideció, ahora más intensamente, Greta Mayer—. ¿De qué está usted hablando?

—Usted no sabe que Goring ha sido detenido, ¿verdad?

—No —jadeó Greta Mayer—. ¿Cuándo ha sido eso?

—Escuche, señorita Mayer, ya estamos hablando aquí de lo que deberíamos hablar fuera. Ya le he dicho dónde está mi coche. Si quiere reunirse conmigo bien, si no… hasta la vista.

Sin más, Sergio Fornaro se dirigió hacia la salida del salón. De pasada dejó la copa en al bandeja de uno de los camareros, y dirigió una mirada de simpatía hacia la orquestina que, en un ángulo del salón, amenizaba la velada.

Vio a Greta Mayer caminando despaciosamente también hacia la puerta, y tras dirigirle una afectuosa sonrisa, dio de nuevo la vuelta y continuó hacia la salida de la casa.

En la puerta de ésta se reunía Greta Mayer con él segundos después. Ya no había necesidad de hablar más. Los dos se dirigieron hacia las verjas que rodeaban el elegante y frondoso jardín de la hermosa residencia de la Villa Borghese. Y ya fuera del recinto de ésta, caminaron por Via Pinciana hacia donde Sergio Fornaro tenía el

coche.

Al llegar ante el vehículo, abrió la puerta izquierda de atrás, y Greta Mayer se inclinó para entrar. Entonces, vio a la mujer que estaba sentada en el volante y con la cabeza vuelta hacia ella. Greta se irguió, retrocediendo un paso, y preguntó:

—¿Quién es ella?

—Una amiga personal muy querida —sonrió Sergio Fornaro—. Oiga, ¿qué le pasa a usted? ¿Acaso tengo aspecto de anacoreta o de marica?

Greta esbozó uña crispada sonrisilla, volvió a inclinarse, y entró en el coche. Sergio Fornaro lo hizo tras ella, cerró la portezuela, y, sin necesidad de que hubiese tenido que dar indicación alguna, la muchacha puso el coche en marcha.

Pero contra lo que Greta esperaba, el coche no se alejó de Villa Borghese, sino que tras rodar un poco, giró a la derecha, y se introdujo en los jardines. Segundos después se deslizaba silenciosamente por Viale di Valle Giulia hacia el centro, dónde estaba Piazza di Siena.

De pronto, el coche se detuvo relativamente cerca de una de las luces, de modo que el interior del vehículo quedaba lo suficientemente iluminado para que Greta Mayer pudiese ver un objeto en la mano de Sergio Fornaro. Parecía una pequeña botella.

—¿Qué pasa? —preguntó,

—Este es el sitio que he elegido para conversar —dijo él.

—Está bien… ¿Qué es eso? ¿Una botella?

—No exactamente. Es un spray. Pero un spray bastante peculiar, señorita Mayer. ¿Qué diría usted que contiene?

—No lo sé. No tengo ni la menor idea.

—Yo se lo voy a decir. Es un spray de una aleación especial que contiene un ácido que en nuestro ambiente llamamos "Noche de Opera". ¿Lo conoce usted?

—No… Nunca he oído hablar de eso.

—Bueno… Este ácido lo llamamos "Noche de Opera" porque los resultados que ocasiona en una persona que lo reciba en cualquier parte de su cuerpo, lo convierte en lo más parecido al "Fantasma de la Opera"… Supongo que es usted aficionada a la literatura, y que sabrá a qué me refiero.

—No exactamente —susurró Greta Mayer.

—Bueno, pues el "Fantasma de la Opera" era un sujeto que andaba haciendo el chiflado por la Opera, y que al final, cuando lo atrapan, resulta que es un hombre que tiene la cara completamente destrozada, como quemada… En fin, que es un monstruo. Pues bien, este ácido, nuestro simpático "Noche de Opera", consigue unos efectos tales, que

si una persona recibe una rociada en la cara, más vale que se suicide... o que se dedique a hacer de fantasma en cualquier ópera. ¿Me ha comprendido usted ahora?

—Sí. Lo del ácido, sí. Pero no comprendo adonde quiere usted ir a parar.

—Se lo explicaré. Me interesa conocer el paradero de un coche de línea de la Italcar, en el que hay cuarenta niñas, una monja, y un chófer.

Greta Mayer lanzó una exclamación, saltando hacia el rincón del asiento y mirando con los ojos muy abiertos a Sergio Fornaro. Este sonrió y continuó hablando:

—Si usted fuese un hombre emplearía otros métodos. Pero no me parece... elegante golpear a una mujer o someterla a tortura de un modo prolongado. Por lo tanto, he pensado en algo que verdaderamente aterre a la mujer, y ese algo es la fealdad. En su caso, si le disparo un chorro de "Noche de Opera", no quedará usted fea, sino sencillamente monstruosa. Por lo tanto, vamos a establecer nuestras actitudes desde un principio. ¿Va usted a contestar a mis preguntas o no?

—¿Qué... qué es lo que quiere... usted saber? —jadeó Greta.

—Ya se lo he dicho. En primer lugar, quiero saber dónde está ese autocar.

—¿Por qué cree usted... que yo sé dónde está?

—Porque he convencido a Walter Goring de que debía decirme todo cuanto supiera sobre este asunto. Y si Walter Goring me ha dicho que viniera a preguntarle a usted, debe ser por algo... ¿No le parece?

—Mire, Fornaro, yo no tengo ni idea de...

Greta Mayer respingó y quedó acto seguido paralizada de espanto, con los ojos contemplando el spray que el italiano había colocado ante su rostro.

—Usted lo ha querido —dijo fríamente Sergio.

—¡No! —chilló ella—. ¡Espere, no lo haga, no! Le diré todo lo que sé.

—Si me hace perder un solo segundo más, dejaré de interesarme por usted y buscaré otra persona que esté dispuesta a conservar su integridad física. Su última oportunidad, señorita Mayer: ¿dónde está el autocar de Italcar con el coro de ángeles?

—Está... está en una vieja casa de campo, entre Bruna y Bastardo, en una carretera interior.

—¡No, no, no! —movió la cabeza Sergio—. No le estoy preguntando dónde fue secuestrado, sino dónde está ahora.

—Está donde le he dicho.

—Se está pasando de lista, señorita Mayer. Todos hemos oído por

la radio y leído en los periódicos que aquellos hombres pensaban dirigirse hacia un punto de la costa del Adriático, al parecer, cerca de la ciudad de Ancona.

—No —movió la cabeza Greta Mayer—. Esas palabras las dijeron precisamente para que la monja que iba a quedar en libertad informase a la policía y ésta actuase sobre una pista falsa, alejándose del lugar donde fue secuestrado el autocar. Allí es donde está, precisamente. Se pensó en ello desde el primer momento. Se hizo creer a la monja que se dirigían hacia la costa, pero, simplemente se escondieron, y cuando ella regresaba a pie hacia la carretera Nacional 3, no pudo ver al autocar. Cuando la monja hubo pasado, el autocar volvió, al camino y de allí fue hacia la casa de campo de que le he hablado.

—Astuta jugada —asintió Sergio Fornaro—. Espero que se dé cuenta de que sí compruebo que me ha mentido, lo va a pagar muy caro.

—¡No le he mentido! —exclamó Greta Mayer.

—Está bien. ¿Dónde se halla exactamente esa casa de campo?

—Justo a mitad de camino entre Bruna y Bastardo. Hay que dirigirse hacia Bastardo procedente de la Nacional 3, y al llegar a la mitad de esa distancia, entrar a la derecha por un camino flanqueado por plátanos muy altos y que más adentro está lleno de encinas. Después del grupo de encinas, está la casa. Es una vieja casa campestre muy grande y destartalada, en la que se puede ocultar, perfectamente, un vehículo de esas dimensiones.

—¿Dentro de la casa?

—Bueno, no… Quiero decir que junto a la casa hay un cobertizo muy grande, que hace años estaba destinado a cuadra. Ahora está vacío, y todo preparado. El autocar está allí, en la cuadra.

—¿El coro de ángeles está bien?

—Sí, sí. No tenemos intención de hacer daño a nadie. Solamente los estamos utilizando como rehenes para conseguir nuestros propósitos de que liberen a los siete hombres de nuestro grupo.

—Pero si las autoridades italianas no accedían a esas exigencias, ustedes echarían el autocar con su carga por un barranco, ¿no es así?

Greta Mayer bajó la cabeza, y no contestó, pero Sergio Fornaro puso un dedo bajo su barbilla y le obligó a alzarla con un gesto brusco, casi violento.

—¡Conteste! —exigió.

—Sí —tembló la voz de Greta Mayer—. Se escogió ese lugar precisamente porque en ese trozo de camino hay sitios adecuados para despeñar cualquier vehículo. Y la casa de campo está muy cerca de esos lugares, de modo que si la policía italiana decidía emprender la

búsqueda en lugar de aceptar el canje, no tendrían tiempo de nada.

—¡Por el amor de Dios! —gimió Lucía, que, sentada ante el volante, estaba vuelta hacia el asiento posterior.

—¿Cuántos hombres hay vigilando el autocar? —preguntó Sergio.

—Seis.

—¿Cómo seis? ¿No eran cuatro los que iban en el turismo cuando secuestraron el autocar?

—Sí. Pero había otros dos en la casa, esperando y asegurándose de que todo iba bien.

—¿La casa es de alguno de ustedes?

—No; no. Fue alquilada hace una semana a sus propietarios, unos campesinos que actualmente están viviendo en Perugia.

Sergio Fornaro asintió con la cabeza y estuvo pensativo unos segundos.

—Seis hombres —musitó, por fin—. Naturalmente, todos ellos provistos de armas de fuego.

—Sí… Claro.

—La madre Mercedes dijo que uno de ellos les había amenazado con tirar una bomba dentro del autocar, si le molestaban —recordó Lucía.

Sergio asintió de nuevo con la cabeza y otra vez quedó silencioso. Seis hombres… Seis asesinos profesionales dispuestos a todo por dinero.

Sí, seis auténticos canallas, pero ¿acaso no era más canalla todavía la persona o personas que los contrataban?

De nuevo miró Sergio Fornaro a Greta Mayer, que contemplaba siempre asustada el pequeño spray que sostenía el romano en la mano izquierda.

—Goring me dijo que usted es la… intermediaria entre los tipos como él y quienes pagan todos estos actos de terrorismo. ¿Quiénes son los que pagan, señorita Mayer?

—¡No, no! —suplicó ella—. ¡Eso no puedo decirlo, no puedo!

El gesto de Sergio de acercar más el spray al rostro de Greta Mayer fue tan expresivo, que ésta volvió a gritar y alzó las manos, protegiéndose él rostro con ellas.

—Bueno —dijo Sergio—, si quiere que también queden sus manos convertidas en puros huesos abrasados, por mí, no hay inconveniente. Aténgase a las conse…

—¡Di Santi! —gritó ella, sin apartar las manos de delante el rostro —. ¡Marino Di Santi! ¡Él es el hombre que yo conozco y que me da instrucciones para los hombres que contratamos!

—¿Marino Di Santi? —reflexionó Sergio— ¡Me suena ese nombre!

—Es… es un hombre muy rico, que dirige un grupo de italianos tan ricos como él o más y que están dispuestos a hacerse con el control político del país. Marino Di Santi tiene proyectos personales basados en ocupar un cargo político que pronto quedará vacante. Para ese cargo político hay muchos candidatos, pero Marino Di Santi piensa ofrecer al país la seguridad de que si él resulta elegido, acabará con todo el terrorismo que actualmente se está extendiendo por Italia. Y lo cumpliría.

—Lo cumpliría —mascullό Sergio—, por el simple procedimiento de enviar lejos de Italia a los mismos hombres a los que él y su grupo habían estado pagando antes, a fin de que realizasen actos de terrorismo. ¿No es así?

—Sí… así es, sí.

—¿Marino Di Santi es el más importante de ese grupo?

—Yo diría que sí.

—Estoy seguro de que algo se me ocurrirá para arreglar la situación del coro de ángeles. Mientras tanto, le diré que la idea que late en mi mente en estos momentos es apretar el botoncito de este spray.

—¡No! —chilló Greta Mayer.

Sergio Fornaro asió con su grande y poderosa mano derecha las dos muñecas de Greta Mayer, y la obligó a bajarlas con un brusco gesto, dejando al descubierto su rostro. Greta Mayer sentía tal espanto en aquel momento, que ni siquiera pedía gritar. Había quedado muda y paralizada.

Dentro del coche se oyó el fino siseo de la expulsión del líquido contenido en el spray,… y Greta Mayer experimentó tal terror al notar la humedad en su rostro, que estuvo al borde del desmayo… Pero una sacudida de Sergio la mantuvo despejada… y sorprendida al no notar en su rostro ninguna quemadura, ni otra clase de molestias.

Sus desorbitados ojos fueron hacia los de Sergio Fornaro, que relucían dentro del coche. Y también relucían los blancos dientes del romano en una sonrisa que escalofrío a la ex prostituta alemana.

—¿Por qué se asusta tanto? —dijo Sergio—. Es solamente desodorante, señorita Mayer. Ya sabe usted, esos líquidos bienolientes y agradables que se echan en determinadas partes del cuerpo humano a fin de evitar los malos olores de éste. Pero en su caso, me parece que aunque gastásemos cien frascos de spray como éste, seguiría oliendo pésimamente.

Capítulo VII

—ESTOY harto de este lugar —refunfuñó Ducamp—. Huele asquerosamente.

—Y eso que hace ya tiempo que no hay animales aquí dentro —rió Carletti—. Si dices eso ahora, imagínate cuándo estuviese lleno de caballos, o cabras, o vacas, o qué sé yo.

—Y encima —la mirada de Ducamp se desplazó hacia el autocar—, esos rezos estúpidos que me están poniendo los nervios de punta.

—¡Bah! —exclamó Carletti—. ¿Qué mierda te importa a ti que quieran rezar? En algo se han de entretener, hombre. Además, rezar no hace daño a nadie.

—Puede que no haga daño a nadie, pero a mí me están tocando ya las narices. ¡Que ya estoy harto, vamos!

—Tranquilo, tranquilo —aconsejó sonriente Carletti—. Ya quedan pocas horas de estar aquí. Verás cómo las autoridades deciden efectuar el cambio. Primero, que no pueden consentir que se haga una masacre de cuarenta y dos personas, y luego, que las autoridades españolas estarán presionando en estos momentos de un modo tremendo a las italianas. Dentro de doce horas, quizá quince, el asunto habrá terminado y podremos largarnos tranquilamente.

—Espero que sea así —refunfuñó Ducamp—. Voy a ver si Forczyk tiene ya preparado el café y algo para comer.

—Dé acuerdo. Ve tranquilo, yo me encargo del coro de ángeles.

Se echó a reír, divertidísimo. Naturalmente, disponían allí de una radio, en la que habían estado captando todas las emisiones relacionadas con el secuestro del coche de línea de Italcar. Y la expresión «coro de ángeles» que había nacido de la inventiva de uno de sus propios compañeros, le hacía a Carletti mucha, muchísima gracia.

Del autocar, en efecto, llegaban los rezos de las muchachas. Un denso murmullo que había molestado a Ducamp, pero que a Carletti le tenía completamente sin cuidado. En el fondo, admiraba a aquella monjita que, pese a su situación, no olvidaba ninguna de sus obligaciones religiosas. Empezando naturalmente por los rezos de la mañana.

Cuando éstos terminaron, Carletti se puso en pie, fue hacia la puerta del autocar, que permanecía siempre abierta, y subió los dos escalones, asomándose al interior del vehículo.

—¡Buenos días! —exclamó alegremente—. ¿Cómo están estas preciosas jovencitas hoy?

Nadie contestó. Elio Novaro, sentado en su asiento de conductor, dirigió una hosca mirada al terrorista, y luego se quedó mirando no menos hoscamente sus propias manos colocadas sobre el volante. Carletti emitió una nueva risita.

—¿Todo va bien? —insistió—. ¿Hay alguna jovencita que se encuentre indispuesta, quizá?

—No —replicó la madre Pilar—. Todos estamos bien, muchas gracias.

—De nada —rió Carletti—. ¿Sabe, madre? Ustedes son muy inteligentes. Se están portando tan bien, que dentro de poco, todo habrá terminado y no tendrán que lamentar más que una aventura que dentro de unos días les parecerá incluso que ha sido más bien una simpática anécdota.

Una de las jovencitas se puso en pie. Sus ojos eran grandes, de un tono pardo verdoso y su larga cabellera rubio oscuro, se agitó como un manto, al mover ella la cabeza.

—Tenemos hambre —dijo, con tono desafiante.

—Todo está previsto, jovencita. Dentro de poco, igual que ayer, os traerán el desayuno. No vais a decirme que estáis descontentas del servicio de este hotel.

—Ustedes son unos criminales —dijo la muchacha—. ¡Ojalá les…!

—¡Elena! —exclamó la madre Pilar—. Haz el favor de sentarte y permanecer callada.

Carletti, que había fruncido el ceño, miraba malignamente a la muchacha de arriba abajo.

—Ten cuidado con lo que dices —masculló—. Hasta ahora os hemos tratado muy bien a todas, pero si tú prefieres que la cosa sea diferente, lo será. A ver si te voy a sacar a ti sólita para llevarte a dar un paseo por ahí fuera, por el campo.

La monja respingó, corrió junto a la alumna Elena, y la obligó a sentarse con enérgico gesto. Carletti aprobó la actitud de la monja, y abrió la boca para decir algo…

En aquel momento, apagado, llegó hasta, el interior de la cuadra el zumbido de un motor. Y en el súbito silencio, el zumbido de aquel motor se fue haciendo cada vez más claro y más potente.

De pronto, el motor dejó de oírse y acto seguido se oyó el zumbido del claxon. Un claxon especial, y que Carletti identificó por fin como perteneciente a una potente motocicleta.

Carletti estaba saliendo del autocar., cuando en la cuadra, reapareció Ducamp, al parecer bastante excitado.

—¡Atención! —le gritó—. Es un hombre que ha llegado con una

motocicleta. ¡Cuidado con esa gente, que no abra el pico, Carletti!

—¿Y los demás? —preguntó éste.

—Están en la casa, mirando a ese sujeto. Ellos se encargarán de él.

Desde las ventanas frontales de la casa, Gruber, Robbards, Stewart y Forczykr, dos en cada una de las ventanas, contemplaban expectantes y tensos al hombre que había llegado en la motocicleta a tan temprana hora del soleado día. Le vieron saltar, de la moto, colocar la zapatilla de ésta de modo que quedase derecha, y luego dar dos pasos hacia la casa, pero mirando hacia todos lados, como dubitativo.

—¡Maldita sea su estampa! —jadeó Robbards—. ¿Quién mierda puede ser ese sujeto?

—Sea quien fuere, es un solo hombre —dijo Gruber—. Se le meten unas cuantas balas en el cuerpo y asunto terminado.

—Calma, calma… Primero veamos qué hace, porque si sencillamente da la vuelta y se va, lo mejor que podemos hacer es seguir como ahora. Es decir, sin que en esta casa haya el menor signo de vida.

Todos continuaban mirando fijamente al recién llegado, que dio unos cuantos pasos más hacia la casa, y de pronto gritó:

—¡Eh! ¿Estás ahí, Robbards?

Hubo un respingo colectivo dentro de la casa, y acto seguido un rápido cambio de miradas.

—Ese tipo te conoce —exclamó Stewart.

Robbards, que había sido designado como jefe del grupo de la operación, permaneció impasible, apretados los labios y contemplando fijamente al hombre de la motocicleta. Por fin, se dirigió hacia la puerta, murmurando:

—Quedaos aquí y no le perdáis de vista.

—Es un tipo raro —comentó Gruber.

Robbards encogió los hombros, abrió la puerta, y salió de la casa. Frente a él, el motociclista, que estaba mirando a todos lados, captó enseguida su presencia y alzó los brazos en un gesto de saludo y de impaciencia a la vez.

—¡Hombre, ya está bien! —exclamó—. ¿Eres Robbards?

Este se acercó al otro, mirándolo con suma atención. Verdaderamente, era un sujeto raro. Cuando menos, en lo que a vestimenta se refería. Llevaba pantalones de pana introducidos en unas gruesas botas, una cazadora de piel y bajo ésta, un jersey negro. Del cuello le colgaba una cadena dando varias vueltas, sosteniendo un dije metálico con unas figuras que Robbards no podía distinguir desde allí. Los cabellos del sujeto en cuestión eran bastante largos y negros como sus ojos, que contemplaban con cierta desconfianza a Robbards.

—¿Eres Robbards o no?

Este, sonriendo ante el aspecto bastante estrafalario del recién llegado, preguntó a su vez:

—¿Y tú quién eres?

—Me llamo Sergio Fornaro. Mi nombre no te dice nada, lo sé, pero quizá te diga algo el nombre de Walter Goring.

—Quizá —admitió Robbards—. ¿Qué más cosas puedes decirme?

—Bueno, si quieres que las cosas queden claras desde el primer momento, te diré otro nombre todavía mejor: Greta Mayer.

—¿Conoces a Greta Mayer?

—Por supuesto. Ha sido ella la que me ha contratado, después de qué Goring concertó la entrevista. Estuvo charlando con ella anoche, después que salió de una fiesta en Villa Borghese, y quedamos en que vendría inmediatamente hacia aquí.

—Entiendo. Pero me parece que has tardado muchas horas desde Roma hasta aquí.

—¡Hombre, vete al cuerno! —exclamó Sergio Fornaro—. ¿Cómo crees que había de encontrar esta casa en plena madrugada? Así que lo que hice fue el viaje desde Roma a Spoleto, y allí he dormido.

—Está bien —asintió Robbards—. ¿Para qué te ha enviado ella aquí?

—¡Y a mí qué huevos me cuentas! —exclamó Fornaro—. Me ha dicho que venga aquí, que me pusiera a las órdenes de Robbards, y eso es todo.

—De acuerdo, de acuerdo. ¿Vas armado?

Sergio Fornaro ladeó la cabeza, y se quedó mirando irónicamente a Robbards. Este comprendió, sonrió, y dio otro paso hacia Fornaro.

—Supongamos que sí voy armado —dijo éste—. ¿Qué pasa?

—Pues pasa —tendió Robbards la mano izquierda—, que tendrás que entregarme la pistola hasta que comprobemos que realmente te ha enviado Greta Mayer.

Ahora lo que expresaron los ojos de Sergio Fornaro fue desconfianza, una cierta alerta, una cautela que realmente fue del agrado de Robbards; pero éste no retiró la mano en la que esperaba recibir la pistola. Por fin, refunfuñando, Fornaro la sacó de bajo la chaqueta de piel y se la entregó.

—Y ahora, si no te importa, me gustaría desayunar algo. Me parece que estoy oliendo a café, ¿verdad?

—Vamos a la casa —dijo Robbards, asintiendo con un gesto.

Segundos después, Sergio Fornaro era introducido en 3a casa, y se encontraba frente a otros tres hombres que le contemplaban con fijeza y con evidente desconfianza

—Dice que le envía Greta Mayer —susurró Robbards—. Y como

habéis visto, me ha entregado la pistola. Seguramente, es cierto, y ella se ha limitado a enviarnos un refuerzo, un recién incorporado a nuestras actividades. Pero vamos a asegurarnos de ello. Gruber, tú eres el que mejor habla el italiano de todos nosotros, así que toma una de las bicicletas y ve con ella a Bastardo. Telefonea a la señorita Mayer y pregúntale si es cierto que ella ha enviado, a un tal Sergio Fornaro.

Gruber salió, y poco después, desde una de las ventanas, lo vieron pasar montando en una bicicleta y pedaleando, alejándose de la casa.

—Fornaro quiere desayunar algo —dijo Robbards—. Y me parece que todos los demás también… incluidas nuestras invitadas. Ve a ver si ya está todo preparado, Forczyk.

—¿Cómo están esas jovencitas? —preguntó Fornaro, como si, de pronto recordase el motivo central de todo aquello—. Apuesto a que les habéis metido mano a base de bien.

—No seas animal —gruñó Stewart—, Y sobre todo, no te pongas cachondo ni con las niñas ni con nosotros. No hemos venido aquí a estas cosas, Fornaro.

—¡Está bien, hombre, está bien! —alzó las manos Sergio—. Sólo era una broma. ¿Dónde las tenéis?

—¿No lo sabes? — lo miró vivamente Robbards.

—Hombre, sí. Sé que está en la cuadra y dentro del autocar, de acuerdo a las instrucciones que tenéis. Lo que no sé exactamente, es dónde está la cuadra.

—¡Ah…! Bien, está al lado de la casa y un poco más hacia atrás. ¿Dices que Greta Mayer te ha hablado de nosotros cuatro?

Sergio Fornaro lo miró con chispas de malicia en los ojos.

—Sí. De vosotros cuatro y de otros dos más, que son los que se van turnando en mantener bajo vigilancia al coro de ángeles y al conductor del autocar. Oye… ¿es que no confías en mí? Si yo no fuese amigo vuestro, ¿crees que te habría entregado mi pistola, pedazo de imbécil?

—Ten cuidado con la lengua —deslizó fríamente Robbards.

—¡Vete al cuerno! Acabo de hacer un viaje de varios kilómetros, pasando un frío espantoso en esta jodida motocicleta, me has quitado la pistola y todavía vienes con tonterías. ¡Déjame en paz!

—Calma, calma —aconsejó Stewart—. Tienes que comprender la actitud de Robbards, Fornaro. Y la de todos nosotros. A fin de cuentas, estamos metidos en un asunto de gran envergadura.

Sergio Fornaro frunció el ceño, vaciló, y por fin consiguió una aceptable sonrisa. Miró a Robbards y encogió los hombros.

—Lo siento —mascculló—. Pero la verdad es que el viaje desde Spoleto hasta aquí en moto, recién amanecido, no es precisamente una

gran diversión.

—Está bien —sonrió también Robbards, alzando las manos—. Tengamos la fiesta en paz. Y de todos modos, Gruber regresará dentro de media hora o una hora como máximo, y si confirma, como es de esperar lo que dices, pues estaremos encantados de tener a uno más con nosotros.

—Todo está listo para el desayuno —reapareció Forczyk procedente de la cocina—. Venga, tenéis que ayudarme a llevárselo a las niñas.

—Hombre, yo te ayudo encantado —se ofreció Sergio Fornaro—. Tengo mucha curiosidad por ver a ese grupo de chiquitas, a las que todo el mundo llama coro de ángeles.

Desde el gran recibidor-comedor de la casa, que también era sala de estar, Forczyk, ayudado por Sergio Fornaro, se dirigió hacia el fondo. Allí había una puerta que comunicaba con una pequeña habitación llena de utensilios de labranza en desuso, y luego otra puerta bruzada ésta, se encontraron directamente en la cuadra.

Ducamp y Carletti se pusieron inmediatamente en pie al verlos y el primero exclamó:

—¡Hombre, ya era hora! ¡Maldita sea…! ¿Quién es éste? —señaló a Fornaro.

—Un nuevo elemento del grupo —dijo Forczyk—. Parece que tiene malas pulgas, pero no creo que sea el único entre nosotros.

—Hemos visto por una de las rendijas de la puerta a Gruber que se marchaba. ¿Adónde iba? —preguntó Carletti.

—Ha ido al pueblo a telefonear a Roma para que nos ratifiquen la personalidad de Sergio Fornaro, que es este tipo de malas pulgas que me acompaña.

—¿Qué tal? —sonrió Sergio a los otros dos—. Ya sabéis que me llamo Fornaro. ¿Y vosotros?

Los dos tendieron la mano, aunque todavía con un cierto recelo que ocasionó que su sonrisa aflorase sólo a medias.

—Ducamp —dijo éste, aceptando la mano.

—Carletti —le imitó el otro.

Sergio la estrechó a ambos y enseguida miró hacia el autocar, a través de cuyos cristales de las ventanillas, veía los juveniles rostros, observando a los cuatro hombres.

—Conque aquí tenemos al coro de ángeles, ¿eh? —rió—. Bueno, pues vamos a ver si es verdad que son un coro de ángeles.

—Hombre —rió Carletti—. Por lo menos saben rezar. Lo que ya les convierte un poco en ángeles, ¿no te parece?

—¡Je, je! —rió Sergio Fornaro—. Pero los ángeles también saben cantar. ¿Tú no has oído nunca esa frase que dice «canta como los

propios ángeles»?

—¡Toma, claro! —rió Carletti—., Y en efecto, saben cantar. Me dijeron que cuando alcanzaron el autocar, todas iban cantando.

—¿Qué te parece? —pareció pasmarse Sergio Fornaro—. Bueno, bueno, voy a echar un vistazo a ese coro de preciosidades.

—Lo que tienes que hacer es ayudarme a subirles todo esto. Siempre tengo que hacerlo yo solo —refunfuñó Forczyk.

—¿Por qué no les ordenas que salgan del autocar para comer aquí fuera?

—Porque Robbards quiere que estén todo el tiempo ahí dentro —intervino Carletti—. Menos para sus necesidades, claro.

—¿Y no es una necesidad comer? —se sorprendió Sergio.

—Hombre, ya sabes a lo que me refiero. Ir a ese cuartito pequeño y luego tirar de la cadena. ¡Jo, jo!

—¡Je, je! —rió también Sergio Fornaro—. Venga, Forczyk, vamos a hacer de camareros para el coro de ángeles.

Entre los dos, subieron el desayuno para las cuarenta y dos personas que vivían hacía ya casi cuarenta horas dentro del autocar, como si éste fuese una celda. Una celda incomodísima y, por supuesto, insuficiente para que la permanencia de cuarenta y dos personas durante tanto tiempo.

—¡Caramba, caramba, caramba! —rió Sergio Fornaro—. ¡La de tiempo que hacía que no tenía tan cerca a una monja! Oye, Forczyk, ¿es de verdad? Quiero decir si es de carne y hueso.

—Pues a mí me parece que sí —rió el checoslovaco.

—A ver, a ver —dijo Sergio Fornaro, adelantando una mano y tocando a la monja. Esta respingó, palideciendo, y dio tal salto atrás, que casi cayó sentada en el pasillo del autocar.

Las muchachas emitieron unos grititos de sobresalto, y Elio Novaro, el chófer, que también había palidecido, saltó hacia Sergio, aullando:

—¡Miserable, canalla! ¡Te voy a…!

Posiblemente, el más pasmado de todos ante lo que sucedió a continuación, fue Forczyk. Sergio Fornaro se volvió vivamente hacia Elio, y pese al reducido espacio de que disponían, lo recibió parando el golpe de Elio con el brazo izquierdo, sujetó inmediatamente con la mano de ese mismo brazo el del chófer, pasó por debajo del brazo de éste, retorciéndoselo hacia la espalda, y quedó tras él, rodeándole con el otro brazo la garganta.

En un abrir y cerrar de ojos, Elio Novaro se encontró con un brazo poco menos que dislocado y sometido al principio de una estrangulación que le pareció que se estaba produciendo por medio de un cerco de hierro.

—De modo que eres todo un peleón, ¿eh? —rió Sergio Fornaro—. Pues a mí me gustan los tipos peleones como tú, para demostrarle cómo puede romperles todos los huesos un segundo dan de judo. ¿Quieres ver cómo te rompo el brazo, so cabrito?

—Cuidado con lo que haces —respingó Forczyk—. Este tipo debe estar todo lo entero posible, a fin de que pueda conducir el autocar de regreso a Roma cuando los dejemos marchar… si es que los dejamos marchar, claro.

—¿Cómo si los dejamos marchar? —lo miró Sergio por un lado de la cabeza de Elio—. ¿Acaso no está previsto que los soltáremos?

—Los soltaremos si las autoridades italianas obedecen nuestras instrucciones en el plazo que les hemos concedido. De lo contrario…

Forczyk no terminó la frase, ni hacía falta alguna. En el autocar se había hecho un denso silencio, muy expresivo, respecto a la comprensión por parte de todos de lo que sucedería si las autoridades italianas no accedían a los deseos de aquellos criminales. Sin soltar el brazo ni el cuello de Elio Novaro, Sergio lo condujo hasta su asiento, le sentó allí rudamente y le agarró por los cabellos.

—Voy a darte el mejor consejo de tu vida, muchacho: si quieres seguir conservando la cabeza sobre los hombros, no te metas conmigo. Así que come y calla.

—Oye —rió Forczyk—, tienes bastante mala leche, ¿verdad?

—Quizá. Ahora tomaré un poco de café a ver si así consigo que sea menos mala al mezclarse.

El checoslovaco soltó otra risotada y comenzó a distribuir los alimentos sólidos y el café que componían el desayuno del coro de ángeles. Cuando le llegó el turno a una de las jovencitas, ésta movió la cabeza negativamente, y se quedó mirando con fijeza a Sergio Fornaro.

—Usted no es segundo dan de judo, ni nada que se le parezca —dijo en español.

Sergio alzó la cabeza y se quedó mirando con una extraña sonrisita a la muchacha.

—Si has creído que no te entendería por hablar en español, estás muy equivocada —dijo en este idioma—. Lo hablo casi tan bien como el italiano. ¿Por qué crees que no puedo ser segundo dan de judo?

—Porque mi padre hace judo, y es muy diferente a usted. No sólo él, sino otros muchos judokas que conozco en España. Y hasta yo soy practicante de judo… De modo que sé muy bien que usted de ninguna manera puede ser judoka…

—Oye, tienes la lengua muy despierta, ¿verdad? —refunfuñó Sergio.

—Sí —rió Forczyk—. Esta se llama Elena, y es una jovencita muy

peleona y díscola. No he entendido todo lo que habéis hablado, pero me parece que te está molestando, ¿verdad, Fornaro?

—¡Bueno, que se vaya al cuerno! —encogió los hombros éste—. ¿Quieres desayunar o no?

—No. De usted no quiero nada.

—¿Por qué no? La comida es la misma si te la doy yo o te la da otro.

—Pero los otros no son judokas y, por lo tanto, no tienen ninguna base para ser unas personas de bien.

Sergio Fornaro se quedó mirando a Elena y acabó moviendo la cabeza con un gesto que pretendía ser de simpática burla.

—Bueno, no vamos a discutir tú y yo, jovencita. ¡Venga, todo el que quiera comer algo, que vaya pasando por aquí!

Poco después, todos habían terminado de desayunar y Forczyk y Sergio Fornaro retiraron el servicio, abandonando instantes más tarde la gran cuadra. Pero Sergio Fornaro regresó al cabo de unos minutos, con un cigarrillo colgando de los labios y una divertida sonrisa en éstos. Se dirigió directo hacia el autocar, entró en éste y movió los brazos como si fuese un director de orquesta.

—A ver, ese coro de ángeles… ¡A cantar!

De nuevo se hizo un notable silencio en el interior el autocar. Todas las miradas estaban fijas en Sergio Fornaro, que ante la desobediencia a su orden, frunció el ceño e insistió:

—He dicho que a cantar todo el mundo. ¡Venga, seguidme en esta hermosa canción italiana!

"*Il mio grande amore per tutta la vita tuo*!"

Todavía estaba vibrando la voz de Sergio Fornaro dentro del autocar cuando Carletti apareció como disparado en la puerta.

—¿Estás loco? —gritó—. ¡Haz el favor de callarte!

—¿Qué te pasa? —lo miró sorprendido Sergio—. ¡Si cantaron para vosotros también pueden cantar para mí!

—Vamos, déjate de tonterías —apoyó Ducamp, apareciendo también junto a Carletti—. Si todas estas chicas se ponen a cantar a la vez, alguien podría oirías.

—¡Estás de broma! —rió Sergio Fornaro—. Sabes muy bien que no hay nadie por aquí. Escogisteis perfectamente el lugar. Y cuando venía hacia aquí también vi en un lado del camino un sitio muy adecuado para tirar por él el autocar, si no conseguimos lo que hemos exigido a las autoridades italianas.

—¿Quieres cerrar la boca de una puta vez? —gruñó Carletti—. ¡Sal

de aquí ahora mismo!

Sergio Fornaro no pareció muy conforme, pero encogió los hombros y salió del autocar. Apenas había puesto los pies en el suelo cuando se dio una palmada en la frente, y volvió a subir.

—¿Alguna de vosotras tiene un bolígrafo y papel para escribir una nota? —pidió.

De nuevo aquel denso silencio. Y todas las miradas fijas en Sergio Fornaro… Por fin, la madre Pilar se puso en pie y musitó:

—Yo tengo, señor.

De la redecilla de encima del asiento retiró un portafolios y de éste sacó libros y papeles. Escogió un pequeño bloc de cartas y un bolígrafo, y lo tendió a Sergio Fornaro, que se había acercado a ella.

—Gracias, tía buena —rió el judoka—. ¡Me gustan las personas que no son rencorosas!

Con el bloc de cartas y el bolígrafo en una mano, Sergio Fornaro abandonó de nuevo el autocar, riendo. Abajo, con el ceño fruncido, le esperaban Ducamp y Carletti, pero se tranquilizaron y todo volvió a la normalidad cuando Sergio, guiñándoles un ojo, se dirigió hacia una vieja caja, se sentó en ella y quedó pensativo.

Poco después, con el gesto de quien se ha puesto de acuerdo consigo mismo, sacó una vieja billetera del bolsillo de atrás del pantalón, y de ésta, un papel muy doblado y sobado, que comenzó a leer. Los dos terroristas cambiaron una mirada, encogieron los hombros y se desentendieron del romano. Pero les habría interesado mucho leer el contenido de aquel sobado papel:

«Amado discípulo:

»Bien sé que en momentos como éste, una carta no sirve de gran cosa como consuelo. La pérdida que has sufrido es demasiado grande y te ruego que me permitas participar en tu profundo dolor. Sabes que soy ya muy viejo y, naturalmente, he sufrido pérdidas parecidas a lo largo de mi vida. Por eso, sé que las palabras, y más aún cuando sólo son simples signos en un papel, no sirven de nada… o casi de nada.

»Sin embargo, no puedo dejar de dirigirme a ti en esta dolorosa circunstancia. Pero ya no voy a intentar más palabras de pretendido consuelo, no temas. Sólo quiero recordarte que, por doloroso que parezca, la vida sigue para los que continuamos en ella, y que, con todo el respeto y el cariño hacia los que se fueron, debemos continuar adelante. En tu caso, y puesto que llegué a conocerte bien, tengo la esperanza de que te será relativamente fácil. Hay un medio bastante sencillo para intentar olvidar nuestro dolor, y es pensar en el dolor de los demás. En estos mismos momentos, miles, millones de personas, están sufriendo por lo mismo que tú.

»Pensando en esto, yo no quisiera que también tu vida careciese de

sentido para ti, pues eso es como estar, muerto en vida. Pensemos en el dolor de los demás. Bien sabes que, desde que me retiré a mí mundo de paz y de silencio, he tenido la satisfacción de contar con la… compañía mental de mis queridos discípulos, cuya gran mayoría nunca me ha olvidado, por lo que estoy muy agradecido a la vida. Yo tampoco he olvidado ni siquiera a uno solo de aquellos discípulos que realmente comprendieron el camino del budoka, aquellos que comprendieron el do. Y así, cuando me entero de que en alguna parte del mundo está ocurriendo algo que atenta contra la felicidad de las personas, contra su derecho humano a una vida plácida y feliz, e incluso contra sus legítimos derechos materiales, recurro a algunos de estos hombres para que, utilizando el Do como punto de partida, y su habilidad física si es necesario, pongan un poco de orden en esas injusticias. Estoy obteniendo muchas satisfacciones en este sentido, porque ni uno solo de mis amados discípulos rechazó jamás mi petición de ir a determinado lugar a utilizar el feudo contra quienes lo merecían. Algunos de esos discípulos murieron en el empeño, y eso me causó profundo dolor. Sin embargo, sigo en contacto con los que continuáis en la vida, y continúo pidiéndoos que nunca aceptéis la injusticia como algo inevitable, o, peor aún, como algo que no os concierne. A vosotros; a todos los que formáis mi grupo preferido por vuestras dotes, os llamo mi Kuro Arashi, mi modesta organización dedicada a luchar contra tantas y tantas injusticias, a nuestra manera. Tú eres de los elegidos, Sergio, tú eres, en mi mente, de nuestra Kuro Arashi, y puedes serlo en el mundo físico cuando tú quieras. Si te sientes solo y triste, lo que es muy natural, piensa en todos los seres humanos a los que podrías ayudar con todo lo que te enseñé. Ofrece tu vida y tu ayuda, entrega algo de ti mismo a los demás, y verás que el consuelo y un nuevo amor por la vida estarán en ti.

»No permitas que haya nieve en tu corazón, Sergio. Siempre es más hermosa la eterna primavera del amor por los demás, y, ¿por qué no?, incluso por nosotros mismos, que tenemos todo el derecho a la vida.

»Recibe todo el amor de tu

»Sensei.»

Había algo más, no sólo la firma del maestro. Había también el dibujo da una estrella negra de seis puntas, en cuyo centro, como si la estrella fuese un rostro, había dos orificios en blanco que figuraban unos ojos de extremos alzados con gesto de furia; la boca era una raya curva, con los extremos hacia abajo, en claro gesto hosco, hostil, incluso amargo. La estrella emblema de la Kuro Arashi, la Negra Tempestad de Sensei, el viejo maestro de artes marciales japonés al que tanto había amado Sergio Fornaro, y hacia el cual, después de recibir aquella carta suya en momento de insufrible dolor, había sentido, ahora comprendía cuan injustamente, furia y rencor…

Sergio Fornaro guardó aquella carta cuidadosamente, colocó bien el bloc sobre sus rodillas y comenzó a escribir:

«Amado maestro:

»Cuando recibí su carta, que ahora me parece hermosa, lo odié porque pensé que no era cierto que usted comprendiese mi dolor, la realidad de lo que me había sucedido. Palabras, sólo palabras, usted mismo lo decía. Ni siquiera palabras, pues sólo eran, como usted bien dice, signos en un papel. Signos que ni siquiera eran de los que yo mejor conozco, de los que mejor podían penetrar en mí, ya que su carta está escrita en inglés…

»Ahora comprendo que no tiene usted obligación de conocer todos los idiomas del mundo, y ahora, por determinadas circunstancias que están concurriendo en mi vida, comprendo mejor su carta. Pero no fue culpa de usted si no la entendí entonces, sino culpa mía, que me encerré en mi dolor y en mi egoísmo. Ahora, cuando he recibido de nuevo amor, he comprendido cuánto de amor había en su carta. Su carta era luz, pero yo estaba ciego, así que no podía ver esa luz… ¡Lo siento tanto, maestro!

»Estoy haciendo ahora algo que justificaría por sí sólo todo cuanto me enseñó usted en judo y en el camino que debemos seguir todos los budokas… Estoy amando de nuevo, y al mismo tiempo, estoy arriesgando mi vida por personas a las que jamás antes había visto siquiera. Estoy ahora, maestro, en la vía, en el do. Estoy ahora, sin que usted lo sepa, formando parte de nuestra Kuro Arashi, dispuesto a caer como una tempestad sobre unas personas que la han merecido.

»Si muero, esta carta jamás llegará a usted, pero yo lo digo de todos modos: gracias, Sensei, ahora que he comprendido, y que le envío mi cariño y respeto.

»Sergio Fornaro — Ni dan»

El judoka arrancó la hoja del bloc, la guardó bien doblada junto con la carta de Sensei, en la billetera, y se puso en pie.

Cuando se acercaba con el bloc y el bolígrafo en una mano al autocar, dispuesto a devolver ambas cosas a la madre Pilar, notó fijas en él las miradas de sus dos silenciosos compañeros.

—¿Qué demonios has estado leyendo? —preguntó Carletti.

Ducamp fue aún más indiscreto.

—Yo preferiría saber qué has estado escribiendo, Fornaro.

—He leído una carta de amor… Y he estado escribiendo mi carta para los Reyes Magos de Oriente.

Carletti soltó una risotada, pero Ducamp refunfuñó algo, se puso en pie y señaló hacia la puerta de la cuadra que comunicaba con el interior de la casa.

—Bueno, ahora que has terminado y puedes estar atento apoyando

a Carletti, yo voy a marcharme unos minutos.

—¿Adónde vas? —lo miró Carletti.

—A regar los campos —gruñó Ducamp.

Carletti refunfuñó algo, mientras Sergio reía burlonamente. Ducamp abandonó la cuadra y Sergio se acercó tranquilamente a Carletti. Este le miró venir todavía con el ceño fruncido, y se puso en pie, mascullando:

—Se me han terminado los cigarrillos. ¿Tienes?

Sergio Fornaro asintió con la cabeza, llegó ante Carletti, introdujo la mano izquierda en el bolsillo… y al mismo tiempo la derecha salía disparada en impecable y tremendo atemi de judo hacia un lado del cuello de su compatriota. El duro canto de la mano del judoka impactó con blando chasquido contra Carletti, que respingó, alzó los brazos y mostrando un instante el blanco de los ojos, cayó hacia atrás y de lado, como fulminado por un rayo.

Dentro del autocar sonó una exclamación colectiva y hubo un ligero revuelo que Sergio atajó rápidamente con un gesto, llevándose un dedo a los labios.

—¡Sssst! —exigió—. ¡Silencio!

Fue obedecido en el acto. Mientras tanto, ya se había inclinado él sobre el desvanecido Carletti. Lo primero que hizo fue quitarle la pistola y guardársela en un bolsillo. Luego, se desprendió de una de las vueltas del collar de cadena que llevaba al cuello, y procedió con ella a atar las manos de Carletti, y con el propio cinturón de éste le ató rápida y sólidamente los pies. Hecho esto, lo alzó como si fuese de paja, se lo cargó en un hombro y lo llevó al otro lado del autocar. Regresó a la parte de éste donde estaba la puerta, subió, sacó la pistola y la tendió al pasmado Elio Novaro.

—¿Sabe manejarla? —musitó.

—Bueno, sé disparar más o menos.

—Es suficiente. No se mueva del autocar y dispare contra todo aquel que intente acercarse. ¿Lo ha comprendido bien, Novaro?

—Sí… sí, señor, pero…

—Ahora solamente quedan cuatro hombres en la casa. El que fue al pueblo para telefonear a Roma ya habrá sido detenido por la policía. Los alrededores de esta casa están llenos de policías y carabinieri que están a la expectativa. Si a mí me ocurre algo, dispare usted con esta pistola tres veces seguidas lo más rápidamente que le sea posible, y la casa será asaltada. Con el resto de las balas deberá usted contener a los hombres que me hayan matado, el tiempo suficiente para que la policía y los carabinieri puedan llegar a la casa y abatirlos. ¿Me ha comprendido bien, Novaro?

—Sí, señor, sí… ¿Quién es usted?

—Sergio Fornaro, segundo dan de judo y budoka con vencido —La mirada de Sergio se desvió hacia el asiento donde la muchacha llamada Elena lo contemplaba con los ojos muy abiertos, y sonrió—. Un chiflado que se ha metido en el lío más grande de su vida, pero que espera resolverlo satisfactoriamente. Recuerde, Novaro: si es necesario no vacile en disparar a matar.

—De acuerdo —asintió el chófer, con voz tensa—. Pero me gustaría saber…

—Oportunamente se les darán a ustedes todas las explicaciones necesarias. Mientras tanto, sepa que todo esto tiene mucha más envergadura de lo que parece en un principio. Todo es obra de un grupo de políticos y financieros que pretenden apoderarse del poder en Italia. El que los dirige es un tal Marino Di Santi, que en estos momentos ya debe estar detenido por la policía en Roma. Y con él caerán inmediatamente todos los que le están secundando en este asunto. Por favor, no se descuide.

Sergio Fornaro saltó del autocar, y se dirigió rápidamente hacia la puerta de comunicación entre la cuadra y la casa. Se colocó a un lado y se dispuso a esperar, atento y tenso.

Ducamp tardó en volver todavía, seis o siete minutos. La puerta se abrió de pronto, y el francés entró tranquilamente, dirigiendo una mirada de indiferencia hacia el autocar. Cuando vino a darse cuenta, ya era demasiado tarde para él. Por detrás le llegó un brazo de acero que se incrustó en su garganta, mientras la mano libre de Sergio Fornaro aparecía por el otro lado del cuello, sujetaba la mano del brazo estrangulador y tiraba hacia atrás, bloqueando a Ducamp contra su pecho y hombro derecho en una impresionante ejecución de hadaka jime.

A través de las ventanillas del autocar, el coro de ángeles asistió, impresionadísimo, aterrado, al estrangulamiento de un hombre por medio de una llave de judo. Las manos de Ducamp subieron hacia el brazo derecho de Sergio, que lo estaba estrangulando inapelablemente, los dedos se crisparon allí como garras intentando en vano arrancar aquella especie de barra de acero que lo estaba matando inexorablemente. Ducamp lo intentó todo, incluso moverse, incluso inclinarse hacia adelante intentando proyectar a Sergio Fornaro por encima suyo. Pero de todo aquello, Sergio Fornaro sabía muchísimo más que él. Y para cuando Ducamp, con las últimas luces del entendimiento y la vida, llegó a comprender que podía sacar su pistola y disparar como fuese hacia atrás, ni su musculatura ni su cerebro estaban ya en disposición de funcionar adecuadamente.

Lenta, silenciosamente, se produjo la muerte del francés Ducamp, que segundos más tarde caía blandamente a los pies del italiano. Este, con el rostro tenso y una cierta expresión de angustia, miró hacia el

autocar. ¿Por qué demonios tenían que mirar aquellas muchachas?

Les hizo gestos de que no lo hicieran, aunque ya era demasiado tarde. Pero realmente no había podido evitar que el coro de ángeles presenciasen la muerte de un hombre. Se inclinó sobre éste, le quitó también la pistola, y fue hacía el autocar, tirándola hacia las manos de Elio Novaro.

—Las dos pistolas tienen silenciador —dijo—. Dispare con él puesto, mientras crea que yo estoy con vida. En cuanto le parezca que las cosas se ponen mal para ustedes y que yo ya no puedo ayudarles, quite el silenciador de una de las armas y dispare como le he dicho tres veces seguidas y rápidamente.

—Pero… debería quedarse usted con una de estas pist…

—No —movió la cabeza el judoka—. Quiero que las tenga usted; que disponga de la máxima defensa por si esos hombres consiguen llegar hasta aquí.

Volvió junto a Ducamp, lo asió por la ropa del cuello y lo arrastró también hacia el otro lado del autocar. Una vez allí, se fijó en que Carletti comenzaba a recuperar el conocimiento, y tras un respingo de sobresalto, se apresuró a amordazarle introduciéndole su propio pañuelo en la boca y sujetándolo con el suyo anudándolo a la nuca de Carletti.

Muy bien. Ahora sólo tenía que volver al recibidor-comedor donde estaban Robbards, Stewart y Forczyk y sorprenderlos a los tres con una rapidísima acción que les impidiese utilizar las armas y…

—¡Ducamp! —le llegó la voz en tono alto de Robbards—. ¿Viene o no viene Fornaro?

Sergio Fornaro se irguió y quedó allí como paralizado, como si tuviese los pies clavados al suelo. Comenzó a caminar indeciso hacia la puerta de comunicación con la casa, pero se detuvo en seco cuando de nuevo oyó a Robbards:

—¡Ducamp! ¿No me oyes?

Sergio miró a todos lados, como esperando encontrar bien a la vista una solución para el contratiempo surgido tan inesperadamente. Se dijo que debía continuar adelante con su plan, y reunirse con los tres mercenarios donde se hallaban éstos. Pero cuando se hallaba ya cerca de la puerta y dispuesto a abandonar la cuadra, volvió a sonar la voz de Robbards, ahora mucho más cerca:

—¡Ducamp! ¡Carletti! ¡Contestad!

Sergio Fornaro tragó saliva, acabó de abrir la puerta y apareció en el cuarto donde habían viejos utensilios abandonados y polvorientos. Frente a él, al otro lado, en el umbral de la puerta de enfrente, estaba Robbards, que al verlo entornó los ojos y ladeó la cabeza.

—¿Qué pasa, Robbards? —intentó sonreír Sergio, dando un paso

hacia adelante—. ¿Puedo yo servirte en algo?

La reacción de Robbards fue la propia de un hombre acostumbrado a vivir en el peligro y a comprender rápidamente las situaciones. En esta ocasión comprendió perfectamente que si ni Ducamp ni Carletti le contestaban era por motivos que debían preocuparle. Y de ahí a pensar que tal como habían temido en un principio, Sergio Fornaro les había engañado y que ahora posiblemente había matado a Ducamp y Carletti y tenía las pistolas de éstos, fue todo uno.

Sí.

La reacción de Robbards fue completamente lógica de acuerdo a su modo de vivir. Lanzó una exclamación, sacó rápidamente su pistola y apuntó a Sergio Fornaro dispuesto a disparar antes de que lo hiciera éste con una de las dos armas que sin duda había requisado.

«Plop», chascó el disparo, en el pequeño y sucio cuarto.

Para entonces hacía ya una fracción de segundo que Sergio Fornaro había saltado hacia atrás. No hacia adelante intentando atacar, puesto que sabía que ya no era posible, sino hacia atrás, sabiendo que sí era posible, en cambio, escapar, aunque fuese de momento, a los disparos de Robbards. Y mientras la bala pasaba por encima de él, Sergio Fornaro efectuaba el salto, caía de espaldas, rodaba sobre la nuca y se ponía de pie de un salto, ya dentro de la cuadra, apresurándose a cerrar rápidamente la puerta que la separaba del cuarto.

—¡Forczyk, Stewart! —le llegó la voz excitada de Robbards—. ¡Ese cerdo de Fornaro se ha cargado a Ducamp y Carletti! ¡Venid a ayudarme!

Sergio se colocó a un lado de la puerta, temiendo que Robbards pudiese disparar contra ésta, y las balas, tras atravesarla, le alcanzaran. Se quedó de cara al autocar y vio a Elio Novaro que saltaba ágilmente de éste y corría hacia él, tendiéndole una de las pistolas.

—Vuelva al autocar —exclamó contenidamente Sergio—. Haga en todo momento lo que le he dicho, Novaro.

—Pero…

—¡Vuelva al autocar!

El chófer vaciló todavía un instante, pero finalmente optó por obedecer las órdenes del budoka. Este permaneció inmóvil, con el oído atento… Pero no le servía de nada, puesto que el silencio era completo.

Comprendía perfectamente que Robbards y los otros dos no se decidiesen a entrar allí, puesto que debían estar convencidos de que él disponía de dos pistolas y podía enfrentarlos con cierta ventaja, incluso. Pero ¿á qué se debía aquel silencio? ¿Qué estaban tramando

los tres mercenarios?

Por supuesto, nada bueno. Tras reflexionar unos segundos, Sergio miró de nuevo al autocar, y en tres saltos llegó junto a éste. Subió y miró a Novaro, que estaba sentado ante el volante, muy tenso.

—Vamos a salir de aquí con marcha atrás, Novaro —dijo—. Sólo hay que…

—No se puede —movió la cabeza Elio Novaro—. Yo ya pensé que podía haberlo hecho, sorprendiendo a estos hombres reventando la puerta con la parte de atrás del autocar y escapar. Pero las llaves de contacto las tienen ellos.

—Entiendo… Bueno, pero podríamos hacer un puente de conexión para…

—Tampoco —susurró Elio Novaro, un poco pálido—. Ellos previeron esta circunstancia y colocaron, dentro del capó, una carga explosiva que yo mismo actuaría si hiciese un puente para poner en marcha el motor.

—Bien… Evidentemente, lo tienen previsto todo. O casi todo. Usted permanezca aquí, tal como le he dicho.

—Está bien —asintió Elio.

Sergio miró hacia la madre Pilar, que le contemplaba todavía estupefacta, y de pronto se acercó a ella y sonrió con gesto en verdad simpático.

—Lo siento, madre. Quiero decir lo de antes, cuando mis pecadoras manos se pusieron sobre usted —Sergio amplió su sonrisa—. Pero tenía que convencer a esos hombres de que era un sujeto tan bestia y tan canalla como ellos mismos.

—No se disculpe más —terminó la voz de la monja—. Que Dios le bendiga.

—Gracias —murmuró Sergio.

Se volvió para dirigirse hacia la puerta del autocar y casi tropezó con Elena, que musitó:

—Entonces… ¿usted es un judoka de verdad?

—Espero seguir siéndolo —murmuró Sergio Fornaro.

Saltó de nuevo del autocar y volvió a la puerta que comunicaba con el interior de la casa; Abandonando las precauciones, aplicó el oído a la madera, en busca de algún sonido revelador. Pero no había ruido alguno.

—¡Fornaro! —le llegó, de pronto, la voz de Robbards—. ¡Dígale al coro de ángeles que rece por ellas y por usted! ¡Los vamos a matar a todos tirándoles unas granadas de mano ahí dentro!

El rostro de Sergio Fornaro se demudó. El judoka quedó lívido, paralizado. Sabía perfectamente que aquellos hombres eran capaces de hacer lo que estaban haciendo. Sí. Robbards era bastante listo, lo cual

era lógico considerando que había sido encargado de dirigir aquel grupo. No podían haber puesto al mando de una operación así a cualquier desgraciado mental. Y puesto que Robbards era listo, tenía que haber comprendido que si un hombre se había atrevido a hacer aquello era porque contaba con un respaldo. Un respaldo de más hombres también armados que rápidamente decantarían la situación en favor de ellos y en contra de los mercenarios. Y evidentemente, Robbards era de los que tenían como ley morir matando.

Capítulo VIII

EL sobresalto ante la advertencia que le había hecho Robbards y la preocupación por aquellas cuarenta y dos personas que habían pasado a depender exclusivamente de él, todavía mantuvo a Sergio Fornaro inmovilizado e incluso capaz de pensar durante algunos segundos.

Pero, de pronto, reaccionó. Si quería evitar aquello, tenía que alcanzar a los tres mercenarios antes de que éstos pudiesen arrojar las bombas al interior de la cuadra. ¿Dónde podían tener las granadas de mano? Evidentemente, no en la casa, puesto que ya habrían dispuesto de ellas y posiblemente habrían lanzado alguna. Entonces tenían las granadas fuera de la casa… Claro. Debían tenerlas dentro del coche que debía estar escondido detrás de ésta en algún otro pequeño cobertizo…

Mientras pensaba, Sergio estaba mirando unos cuantos mangos de herramientas agrícolas que había en un lado, polvorientos. Los miraba sin verlos, pero de pronto su mirada se iluminó. Fue allí, recogió el palo de una horquilla, pero sin los dientes de hierro de ésta, y lo alzó. El palo debía medir entre metro cincuenta y metro setenta. Era casi tan grueso como su muñeca, y su solidez estaba fuera de toda duda.

Con este palo en la mano izquierda, Sergio Fornaro se deslizó silenciosamente hacia la puerta… pero no hacia la que comunicaba con el interior de la casa, esta vez, sino hacia la gran doble puerta de la cuadra, hacia el exterior. Segundos más tarde, tras haber abierto la puerta sólo lo justo para que permitiese el paso de su cuerpo, Sergio Fornaro se encontraba en el exterior. Lucía un sol tibio y transparente que calentaba con suavidad la piel. Alrededor todo era silencio y, aparentemente, remaba una gran paz. Pero Sergio Fornaro sabía que no muy lejos de allí, la policía y los carabinieri estaban esperando la señal de intervenir.

Por cierto que no era aquel el momento de hacer señal alguna.

Rodeó la cuadra, pasó al otro lado de la enorme y destartalada vivienda campestre y, en la parte de atrás, vio el saliente de lo que sin duda alguna era un cobertizo de bastante menor tamaño que la cuadra. Corrió hacia allí en silencio, se asomó por un lado… y lanzó un respingo al ver a Stewart y Forczyk caminando hacia allí. Estaban a menos de cinco metros, y su respingo fue correspondido por otro de no menos sobresalto por parte de los dos mercenarios.

La sorpresa por parte de éstos y de Sergio Fornaro fue tal que durante un instante los tres quedaron paralizados.

El primero en reaccionar fue Sergio Fornaro, asomándose ya por la esquina del cobertizo y echando a correr hacia los dos mercenarios mientras alzaba el mango de la herramienta agrícola. Un mango de madera que en sus manos de budoka se iba a convertir en el bo, y tenía que demostrar, en brevísimo espacio de tiempo, que la técnica auxiliar de las artes marciales llamada Bo-Jutsu, que había aprendido más bien como curiosidad junto con otras pequeñas disciplinas, podía ser de auténtica utilidad.

Lo fue.

La corta distancia de cinco o seis metros todavía resultó más reducida para Sergio Fornaro teniendo en cuenta la longitud del bo. Estaba todavía Stewart metiendo la mano en busca de la pistola cuando el durísimo extremo del largo bastón impactó en el centro de su frente, manejado por Sergio Fornaro como si fuese una pértiga que estuviese dispuesto a bajar, repentinamente, hacia él suelo. El impacto fue tan fuerte, que el cráneo de Stewart crujió y se resquebrajó. La muerte fue fulminante para el británico, que cayó de espaldas sin haber llegado tan siquiera a tocar su pistola.

Forczyk sí sacó la suya, gritando desaforadamente llamando a Robbards. Pero no por gritar perdía Forczyk su propio sentido de conservación. El arma estaba ya reluciendo y apuntando hacia Sergio Fornaro cuando éste volvió a mover, el largo bo. El impacto fue esta vez en la clavícula derecha de Forczyk, que lanzó un auténtico rebuzno de dolor y saltó hacia atrás mientras la pistola saltaba hacia arriba. Mientras Forczyk todavía retrocedía llevándose la mano izquierda a la rota clavícula derecha, Sergio Fornaro apartó la pistola de un puntapié, y cargó de nuevo contra el checoslovaco, que le, contempló llegar con expresión aterrorizada.

No hubo piedad alguna para él. En cuestión de segundos, el budoka Sergio Fornaro utilizó el bo para fulminar contra el suelo a Forczyk. No muerto… Forczyk iba a salir bien librado a este respecto en su enfrentamiento con Sergio Fornaro. No… No murió. Pero con los golpes que recibió quedó deshecha su rodilla derecha, su codo izquierdo y, finalmente, la cabeza le fue abierta de un tremendo golpe que le arrancó parte del cuero cabelludo y lo tiró rodando por el suelo desvanecido.

Y aún estaba cayendo al suelo el machacado Forczyk cuando Sergio Fornaro echaba a correr hacia la casa, en cuya puerta había aparecido Robbards pistola en mano. El mercenario vio a Sergio corriendo hacia él empuñando aquel palo, y por un instante se desconcertó. Inmediatamente, comprendiendo que por sorprendente que resultase, aquella era la única arma que empuñaba el romano, Robbards se apartó de la puerta de la casa, afirmó bien los pies en el suelo, y apuntó hacia el enemigo que se acercaba velozmente hacia él

como un auténtico suicida.

Estaba a punto de apretar el gatillo cuando algo hizo vibrar todo su cuerpo.

Algo que Robbards no había oído jamás y que le produjo una extraña vibración, una… una especie de cortocircuito que por un instante anuló todas sus facultades físicas.

Fue un grito extraño, un sonido profundo y claro que parecía brotar con increíble potencia de un profundo pozo:

—¡DOOOAOOOAAAAOOOOO…!

Robbards no llegaría a saber jamás que aquel sonido que desarticuló todo intento de coordinación por su parte era un Kiai. El Kíai del judoka Sergio Fornaro, que brotando directamente de su vientre, lanzando hacia el exterior toda su energía física y mental, fue más poderoso que la seguridad que Robbards tenía en sí mismo por empujar una pistola.

Llegó a apretar el gatillo, desde luego, pero el desequilibrio nervioso producido por la vibración del Kiai hizo que su puntería fuese desacostumbradamente mala. Sorprendentemente mala, en realidad. La bala salió muy alta y desviada… Y mientras tanto, Sergio Fornaro, echando a un lado el bo, estaba ya en el aire volando velocísimamente en dirección a Robbards.

Este lanzó un grito de incredulidad y espanto, al ver aquel bólido humano lanzado hacia él, y todavía disparó otra vez… con idéntico resultado.

Ya no pudo disparar más.

Sergio Fornaro cayó sobre él con terrible violencia, rodaron los dos por el suelo y acto seguido Fornaro se puso en pie, aplastó con el derecho la mano de Robbards contra el suelo, y el británico lanzó un alarido tremolante cuando sus dedos se rompieron como si fuesen fideos y quedaron como incrustados en la pistola.

Las manos de Sergio Fornaro le asieron por la ropa y tiraron de él, poniéndole en pie. Un instante más tarde, Robbards volaba por él aire en descompuesta figura, impulsado en fortísimo giro por el harai-goshi, el movimiento de cadera de judo que lo llevó cuatro metros más allá, en escalofriante batacazo. Todavía no había terminado de ponerse en pie cuando ya Sergio Fornaro estaba ya de nuevo junto a él. Y esta vez la proyección fue la llamada yama-arashi o tempestad en la montaña. En una fracción de segundo, Robbards, casi desvanecido, se encontró cómo cabalgando sobre la cadera derecha del judoka, mientras la mano izquierda de éste tiraba de su brazo derecho y la derecha le impulsaba por la solapa derecha hacia adelante.

El vuelo fue ahora más largo, espectacular y terrible. Robbards llegó, otra vez descompuesta la figura, manoteando y gritando contra

la sólida pared de piedra de la casa de campo, se estrelló allí y cayó, convertido en un guiñapo, al suelo.

Esta vez, cuando Sergio Fornaro lo agarró por la solapa y lo puso en pie, no hubo la menor reacción por parte del británico. Entonces, el budoka aflojó la tensión en su rostro y la dureza de sus labios, abrió las manos, y el último mercenario cayó casi muerto a sus pies.

El judoka se pasó las manos por la cara, suspiró y entró en la casa. Segundos después lo hacía en la cuadra, se acercaba al autocar y le hacía una seña al expectante y muy tenso conductor del vehículo.

—Venga, Elio —musitó—. Tiene que ayudarme a empaquetar a esos sujetos.

—¿Ha podido con ellos? —exclamó Elio.

—Eso parece… Vamos afuera y dispare cuatro veces. Pero ahora dos seguidas, deje pasar unos segundos y efectúe otros dos disparos. Es la señal para que los carabinieri y la policía sepan que he conseguido lo que me proponía.

Debían ser casi las diez de la noche cuando Sergio Fornaro llegó a su apartamento en el número 24 de Via Liguria, muy cerca de la famosa Via Véneto romana. Aunque silenciando su nombre por motivos de seguridad, y atendiendo las muy consecuentes recomendaciones de la policía en este sentido, Sergio Fornaro había hecho todas cuantas declaraciones podían ser necesarias para que las autoridades adecuadas se ocupasen oportunamente del caso que había mantenido a Italia y al mundo entero en suspense, durante más de cuarenta horas.

En aquellos momentos, no sólo estaban encarcelados los mercenarios supervivientes que habían intervenido directamente en el secuestro, sino que el importantísimo financiero y político Marino Di Santi, y toda una caterva de seguidores en su proyecto de controlar el poder político en Italia, estaban a buen recaudo. En cuanto al coro de ángeles, ya desde el mediodía descansaba custodiado y magníficamente atendido en la residencia Casa Tranoi, donde las muchachas y sus acompañantes habían sido instaladas días atrás a su llegada a Roma.

Por expreso deseo de Sergio, Lucía Padovani se había mantenido durante todo el tiempo alejada de él, de tal modo que en ningún momento podría ser mencionada. Pero Lucía Padovani, que al igual que Jiro Ugakí ya no tenía nada que hacer en el Kamakura-Dojo desde que la policía fue a hacerse cargo de los tres prisioneros (esto es, la negrita África Black, la alemana Greta Mayer y el alemán Walter Goring) no había tenido gran cosa que hacer más que sufrir por lo que pudiera ocurrirle a Sergio hasta que oyó por la radio la liberación del coro de ángeles, estaba allí, en el apartamento, esperándole.

Sergio cerró los ojos cuándo la muchacha se colgó de su cuello y lo besó en los labios. Estuvieron así casi tres minutos, besándose en silencio, sin moverse… oyendo solamente el fortísimo latir de sus corazones.

Por fin, Lucía Padovani se apartó y musitó:

—No debería decírtelo, pero llamó un hombre que dijo ser amigo tuyo.

—¿Qué amigo?

—Giulío Lambrone. Me ha dicho que te comunique que, por fin, ha localizado a Enrico Melli.

Sergio Fornaro apartó suavemente a Lucía, y se quedó mirándola.

—¿Y por qué no deberías decírmelo? —susurró.

—El propio Lambrone me dijo que se veía obligado a decírtelo, pero que no fueses loco y que si realmente matas a Enrico Melli, tendrás motivos para arrepentirte toda tu vida.

—Entiendo. Y tú confías en que no mate a ese cerdo, ¿verdad?

—Sergio… Sergio, ese hombre es un canalla, de acuerdo. Él fue quien deslumbre a tu mujer ofreciéndole Dios sabe qué, y consiguiendo que ella te abandonase, lo que dio lugar a su muerte y a la de tu hijita… Lo sé muy bien, pero… ¿crees que vale la pena perderse por un hombre así?

—¿Te ha dado Giulio Lambrone la dirección de Enrico Melli?

—Sí. La tengo anotada en un papel.

—Pues llévame adonde está ahora Enrico Melli y te aconsejo que no te lo pierdas.

—Sergio, te lo suplico… te suplico…

—¿Quieres venir o no? —casi gritó Sergio Fornaro.

—Sí —bajó la cabeza Lucía, palideciendo—. Sí. Pase lo que pase, quiero ir contigo.

Poco después, los dos circulaban por Roma en el coche de la muchacha. Naturalmente, en dirección al apartamento donde por fin Giulio Lambrone había localizado a Enrico Melli. Lucía iba pálida y verdaderamente asustada. Pero en el fondo, tenía la esperanza de convencer a Sergio de que no matase al hombre que, más o menos directamente, había sido causante de la muerte de su mujer y de su hija.

Veinte minutos más tarde, Lucía detenía el coche delante de un edificio, y miró a Sergio, que a su vez, estaba mirando el papel en el que la muchacha había anotado la dirección facilitada por Giulio Lambrone. Aquella era la casa.

Sergio se apeó, y Lucía lo hizo tras él, corriendo en su seguimiento hacia el portal. Subieron en ascensor hasta el cuarto piso. Luego, finalmente, Sergio Fornaro pulsaba el timbre de una de las puertas del

cuarto piso. Una puerta que se abrió, segundos más tarde. Y en el umbral quedó visible Enrico Melli. Un hombre de unos treinta y cinco años, alto, muy apuesto, de facciones muy correctas y agradables, grandes ojos negros. Llevaba un elegantísimo batín de seda, un poco abierto, que permitía ver el vello de su torso y acentuaba la anchura de sus hombros… Un magnífico ejemplar alto, fuerte, pero que palideció intensamente al ver ante él al judoka Sergio Fornaro.

—¡Buenas noches, Melli! —saludó Sergio, con voz neutra—. Me han dicho que por fin ha dejado de esconderse como una rata, y he venido para tener una pequeña aclaración con usted.

Enrico Melli tragó saliva, y alzó una mano que no pudo evitar que temblase visiblemente.

—Escuche, Fornaro…

—¡No, escuche usted, Melli! Llevo seis meses buscándole para matarlo… Y aunque ése sería un placer grandioso, quizá pueda cambiarlo por otro que será aún mayor. En realidad, sólo he venido a hacerle una pregunta.

—¿Una pregunta? —volvió a tragar saliva Enrico Melli—. ¿Qué pregunta?

—¿Usted ha pensado en algún momento que mi mujer y mi hija murieron por su culpa? ¿Tiene usted plena conciencia de que lo que sucedió fue exclusivamente por culpa de usted, Melli? Sólo quiero que me diga si este pensamiento ha pasado o no ha pasado por su mente.

—Ha pasado por mi mente —musitó Melli, con voz que parecía a punto de romperse—. Mejor dicho, no ha pasado. Todavía está en mi mente ese pensamiento. Continuamente, día tras día, es lo único que consigo pensar.

Sergio Fornaro asintió sombríamente, con un gesto.

—Si hubiese dicho otra cosa —murmuró—, le habría matado ahora mismo. Pero después de oírle, creo que ya tiene usted suficiente. ¡Adiós, Enrico Melli, rata miserable!

Un minuto más tarde, Sergio Fornaro y Lucía Padovani se alejaban del domicilio de Enrico Melli, en dirección al apartamento del judoka.

* * *

Lucía Padovani había traído un televisor portátil al apartamento de Sergio, y desde la cama, los dos presenciaron parte de la ceremonia por la que la beata Rafaela María Porras de Ayllón, de las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús, era canonizada, ante la asistencia de miles de fieles entre los cuales estaban muchachas representantes de todas las escuelas de las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús de todo el mundo.

—Pero no hemos visto a tu coro de ángeles —dijo, sonriente, Lucía.

—Bueno, hay tanta gente por ahí, que esas jovencitas habrán pasado desapercibidas. De todos modos, vemos al Papa.

Lucía se quedó mirando sonriente al hombre que amaba.

—Me parece que tú no crees mucho en todas estas cosas, ¿verdad, mi amor?

Sergio la miró, le sonrió y pasó una mano suavemente por las bellas formas de la muchacha, que suspiró y cerró los ojos. En la quieta mañana del domingo, con un resplandor de sol en la ventana del dormitorio del 24 de Via Liguria, Sergio Fornaro y Lucía Padovani se besaron una vez más. La televisión seguía funcionando, todavía mostrando imágenes relacionadas con la emisión que había interesado a Sergio Fornaro.

Los bracitos de Lucía rodeaban ahora la espalda de Sergio Fornaro, y la muchacha comenzaba a gemir cuando él, de pronto, se apartó.

—Se está haciendo tarde —dijo.

—¿Tarde? ¿Para qué?

—Para el relevo. ¿Te gustaría asistir a él?

—¿El relevo? ¿A qué relevo te refieres, mi amor?

—Si quieres saberlo, vístete rápidamente y ven conmigo. Quiero llegar allí cuanto antes y terminar este asunto.

ESTE ES EL FINAL

EL tatami del Kamakura-Dojo estaba silencioso. Desde los altos ventanales, los rayos del sol entraban hacia las verdes colchonetas esparciendo alrededor una reverberación de luz solar suave y apacible.

En un extremo del tatami, sentado con las piernas dobladas bajo el cuerpo, en clásica posición zazen, Jiro Ugaki, quinto dan de judo, segundo de karate y poeta de reconocida sensibilidad, alzó la cabeza cuando finalmente oyó las suaves pisadas que se acercaban.

En el otro extremo del tatami apareció Sergio Fornaro, ataviado con su judogui, y el negro cinturón de doble vuelta a la cintura. Detrás de él, expectante y silenciosa, la bellísima señorita Padovani.

Sergio Fornaro puso los pies en el tatami, saludó en dirección a Jiro Ugaki, se desvió ligeramente a la izquierda, hacia donde estaba en gran retrato mural de Jigoro Kano, el creador del judo, y volvió a efectuar una inclinación de torso, bajando ligeramente la cabeza.

Lucía Padovani fue la única persona que presenció el relevo en el Kamakura-Dojo.

Sumidos en un completo silencio inicial, rodeados de aquel resplandor de sol, los dos judokas se acercaron uno al otro, se saludaron inclinando la cabeza, y acto seguido pasaron a sujetarse el uno al otro por una solapa y una manga del judogui del oponente. La kumikata, o presa sobre el adversario para entrar en acción, estaba hecha.

En el redondo reloj del dojo eran las once y veinticuatro minutos de la mañana. A las once y veintinueve minutos exactamente, los dos judokas dejaron de luchar. Pero para entonces, Sergio Fornaro había aprendido la más dura, aleccionadora y terrible lección de toda su vida. El japonés, que medía aproximadamente metro sesenta y cinco, propinó al romano la más descomunal paliza que pudiera pensarse sobre un tatami. Una tras otra, Sergio Fornaro fue sufriendo las tremendas proyecciones del japonés, que sacudía su cuerpo contra las colchonetas como si realmente se hubiese propuesto partirlo en pedazos. El cuerpo de Sergio Fornaro aguantó todo lo que Jiro Ugaki le fue administrando. Desde el relativamente sencillo de ashi barai, al muy eficaz harai goshi, pasando, por supuesto, por el siempre espectacular y efectivo uchi mata, un muy refinado okun ashi barai, el escalofriante tai otoshi, de dolorosísimo batacazo, el elegante tsuri komi goshi, el demoledor hane maki komi… De pie, en el borde del tatami, con las manos en la boca, Lucía Padovani permanecía como

petrificada y aterrada, pálida ante la tremenda paliza que el siempre suave y muy amable Jiro Ugaki estaba propinando al hombre que amaba.

Finalmente, como se ha dicho, cuando se cumplían exactamente cinco minutos de combate, éste terminó. Cada uno de los contendientes volvió al sitio que había ocupado inicialmente, se saludaron inclinando de nuevo el torso y manteniendo la nuca erguida, y cuando el saludo hubo terminado, Sergio Fornaro sonrió y alzó los brazos en un gesto de abrazo. El japonés sonrió también, estirando sus astutas y simpáticas facciones que a Lucía Padovani, por primera vez, le habían parecido casi satánicas, y correspondió el abrazo. Luego, los dos se dirigieron hacia el borde del tatami. Jiro Ugaki saludó en despedida a éste y al maestro Jigoro Kano, y se dirigió hacia los vestuarios.

—¿Adónde irás ahora, Jiro? —preguntó Sergio Fornaro.

—Parece que hay una pequeña complicación en Río de Janeiro con uno de nuestros compañeros —volvió un instante la cabeza el japonés —, pero si quieres, puedo quedarme aquí todavía unos cuantos días, Sergio.

—No, no —pareció aterrarse éste—. No quisiera hacer contigo otro relevo por nada del mundo.

Riendo, el japonés desapareció camino de las duchas.

Sergio se sentó en el tatami y luego se dejó caer de espaldas, abriendo brazos y piernas y soltando un profundísimo suspiro de cansancio.

Todavía asustada, Lucía Padovani entró en el tatami, se arrodilló junto al hombre que amaba tan profundamente, y preguntó con voz temblorosa:

—Sergio, Sergio, amor mío… ¿Estás bien?

Desde el suelo, derrengado, apalizado por un quinto dan de judo, Fornard, Ni-Dan sonrió, y dijo:

—Como nunca en mi vida.

FIN

NOTAS

1 Alumno, en japonés.